Pelayos

AÑO 2 – NÚM. 8
13 DE JULIO - 2023

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA

©2021

Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 2

Saluda del Capellán 3

Personajes 24

Narraciones 36

Clara y Santiago 43

Las Españas 50

Madre de la Hispanidad 53

Catecismo de las Juventudes Tradicionalistas 57

¿Sabías qué? 67

Pasatiempo 71

Colaboraciones 98

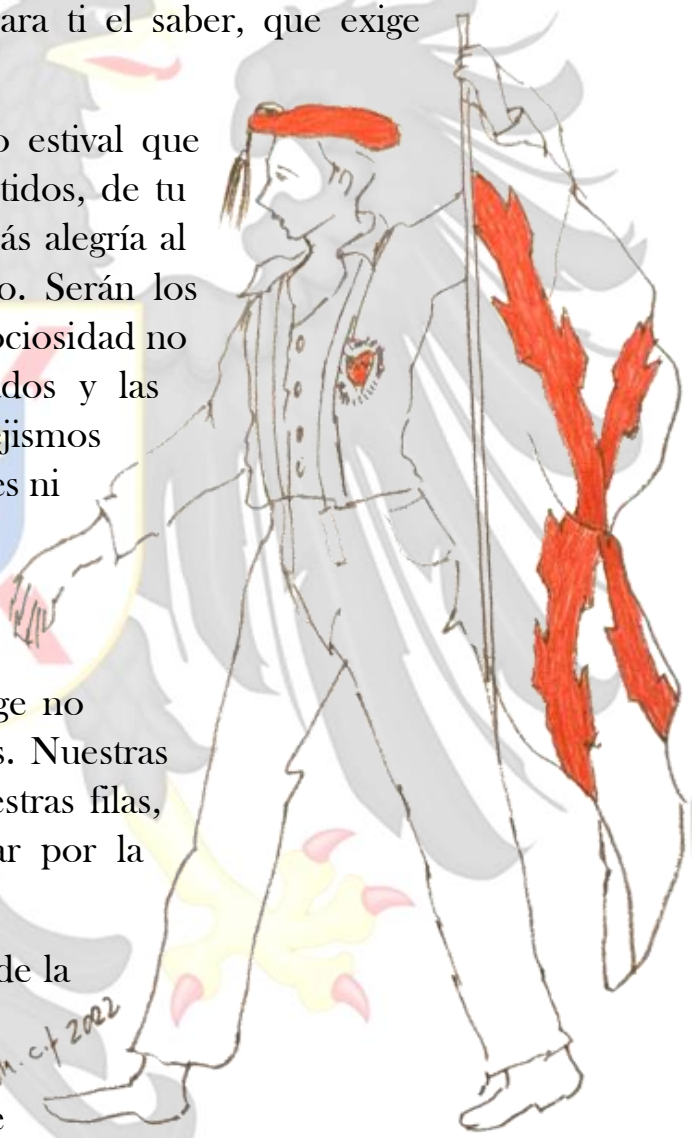
Cancionero 110

Tienda 112

Pelayo

Has finalizado el curso escolar teniendo el Sagrado Corazón de Jesús como acompañante en tus últimos exámenes.

Como soldado de la Santa Causa, para ti el saber, que exige disciplina personal, es obligación grave.



En ningún momento de este período estival que comienza debes bajar la guardia de tus sentidos, de tu mente y de tu alma. Nada hay que cause más alegría al enemigo que el haber vencido a un pelayo. Serán los próximos meses llenos de tareas, porque la ociosidad no es más que la madre de todos los pecados y las deserciones; es la serpiente que con espejismos arrastra a aquellos holgazanes que ni son fieles ni desean serlo. Además es traicionar a Nuestro Señor Jesucristo y al Rey Enrique V.

Porque siempre estaremos prestos a formar las filas de la Comunión, y eso exige no enredarse ni en vicios ni en falsas doctrinas. Nuestras amistades son ocasión para ingresar en nuestras filas, porque no hay nada más serio que militar por la Cristiandad.

Se nos pedirá cuentas de la lucha, no de la pereza; del fervor, no de la tibieza; de la disciplina, no del individualismo; nuestra disposición, no de nuestro olvido. Si nada de esto llevas en tu mochila de soldado de la Santa Tradición, ¿qué méritos tendrás ante Nuestro Señor?

Su voz de Justo Juez hará temblar a los coros de los ángeles reclamando su Altar; pasará revista a sus tropas de tullidos, mutilados, famélicos, abandonados, despreciados... ¿acaso crees que ese traje inmaculado, de gala, que no ha pisado la trinchera de la lucha diaria, merecerá otra cosa que no sea el terrible castigo?

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«Debemos ser los primeros... en defender la confesionalidad católica del Estado; la integralidad de las Españas, y las libertades forales, que dan su verdadero sentido a nuestra monarquía»

Saluda del Capellán

Jesús Mío

Muy querido pelayo.

En el mes de junio, hemos celebrado fiestas litúrgicas muy especiales, porque nos hablan de ese misterio tan grande que es el amor de Jesús por ti: la festividad del Corpus Christi y la del Sagrado Corazón.

Quisiera tratar estos misterios tan sublimes como lo hizo aquella mujer enferma, que, con la fe más pura y sencilla, tocó simplemente la orla de la túnica de Jesús y fue así como llegó al Corazón del Señor[1]. Nosotros sólo podemos tocar los aspectos sensibles que envuelven el misterio de la humanidad divina de Jesús, como cuando el sacerdote toca con sus dedos, ve con sus ojos y percibe el sabor de los accidentes del Santo Sacramento[2]. Hablar de estas cosas tan grandes es semejante a bañarnos en el mar; sólo podemos hacerlo desde las orillas humanas, donde estamos por nuestra condición de creaturas naturales, bordeando ese océano infinito de amor que es el Corazón de Jesús, que invita al alma, duc in altum[3], a adentrarse en las

[1] Lc. VIII, 43-44
[2] Adoro te devote, Sto. Tomas de Aquino
[3] Remar mar adentro

profundidades de la divinidad. Tu alma se sumerge en Él, siendo tú todo de ese Mar, y ese Mar todo tuyo. Sin duda llegaremos un día a adentrarnos en las inmensidades insondables del Señor, así podrás comprender, con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, podrás conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmado por la plenitud de Dios[4]*. Para eso será necesario que dejemos las orillas de la tierra y del tiempo; y por medio de la oración, animada por la fe, la esperanza y la caridad nos adentremos en el cielo y la eternidad, en el océano divino del Corazón de Jesús.*

El apóstol Santo Tomás cuando vio y creyó, confesó: «Señor mío y Dios mío»[5]*. Esta confesión apostólica nos dice muchas cosas, pero yo quisiera poner el acento sobre algo que no se nos debe pasar por alto. Me refiero al adjetivo posesivo: mío, que, siendo tan breve, expresa todo.*

Tú también puedes decir con el Apóstol, «Jesús mío»; si tú lo quieres, Jesús será tuyo, pues por eso nos dejó un sacramento gracias al cual más tuyo no puede ser, en cuerpo, sangre, alma y divinidad, todo es tuyo.

[4] Ef. III, 18-19
[5] Jn. XX, 24-28

¡No existe mayor tesoro! Un Dios todo tuyo, un Señor para ti. Ese tesoro tan grande está oculto bajo las apariencias del pan y las almas buenas, que fueron santas, una vez que lo hallaron, vendieron todas sus pertenencias para poder hacerlo propio[6]*. Es la perla preciosa, a la que ninguna otra se compara en valor y hermosura; por eso, fue preferida y adquirida renunciando a todas las demás bellezas que palidecen ante su riqueza y valor*[7]*. Los santos hicieron el mejor de todos los negocios, pues quien a Jesús tiene nada le falta, decía Santa Teresa.*

Precisamente de ella, se cuenta que un día iba muy recogida, pasando por las escaleras del Monasterio de la Encarnación, en Ávila, cuando de pronto se tropezó con un Niño muy agraciado, que la miraba sonriente. Sorprendida por su presencia, ya casi le iba a regañar or no respetar la clausura monacal, pero como era muy simpático le dijo:

— ¿Y tú quién eres?

El Niño le replicó a su vez con otra pregunta:

[6] Mt. XIII, 44

[7] Mt. XIII,45-46

—¿Y quién eres tú?

La madre respondió:

—Yo, Teresa de Jesús.

Y el Niño, muy sonriente le repuso:

—Pues yo soy Jesús de Teresa.

San Francisco de Asís tenía claro que quien tiene a Dios, posee todo, Deus meus et Omnia; San Luis María Grignon de Monfort lo expresaba de esta otra manera, diciendo: Dios sólo. San Juan de la Cruz lo manifiesta en esta oración enamorada:

No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en quien me diste todo lo que quiero; por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero. Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos, y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues, ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto y todo es para ti.

Así es, querido pelayo, este gran misterio que San Pablo confirma diciendo todo es tuyo, tú eres de Jesús, y Jesús de Dios[8]*. Al ser Jesús tuyo, tuyo también es su Padre, como se lo expresó a*

[8] I Cor. III,22-23

la Magdalena para que nos lo dijera: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios[9]». No sólo te ha dado a ti a su Padre mismo, también a su Santísima Madre, porque en la persona de San Juan, a ti te la dio con estas palabras «he ahí a tu Madre[10]», antes de entregar la vida por ti. Así es que, dándote a su Padre, a su Madre y a sí mismo, dándote su vida, puedes decir con San Pablo: me amó y dio la vida por mí[11].

Qué consuelo saberlo, cuando estamos hundidos en nuestra nada, y desde lo profundo de ese abismo clamamos a Él[12], Dios es mío, mi socorro está en mí Señor[13]. Y Él escuchará tu oración, porque te ha dado también su Espíritu[14] que desde el fondo de tu alma clama con gemidos inenarrables,

[9] Jn. XX,17
[10] Jn. XIX, 26-27
[11] Gal. II-20
[12] Ps. CXXX
[13] Ps. CXXI,2
[14] Lc. XI,13

Abba, Pater[15], *que serán siempre escuchados y atendidos.*

Cuando estés extraviado entre las sombras de la ignorancia, sabrás que quien dijo «Yo soy la Verdad», es tuyo. Cuando los liberales te reprochen, diciéndote que eres un orgulloso, porque afirmas ser dueño de la Verdad, díles que sí, pero no por orgullo, sino que es por la humildad por lo que eres dueño de Jesús, y que tu anhelo más grande es que también sea de ellos. Con todo derecho puedes afirmar que Jesús es MI verdad. Él es mi Maestro, el único que tiene palabras de vida eterna [16]*. Los habrá que te tengan en poco y te desprecien, pues te juzgan desde la necedad de los paganos. La sabiduría de Dios es necedad para los gentiles, escándalo para los judíos, porque no conocieron el día de su vi[illegible]ación*[17]*. El Señor conoce los razonamientos de los sabios y sabe que son vanos*[18]*. Al tener a Jesús en tu alma eres poseedor de la sabiduría de Dios, que es la verdad encarnada. Sufrirás con Él el desprecio de todos aquellos a los cuales la ciencia hincha*[19] *y la caridad no edifica*[20]*. El Padre ha escondido estas cosas a los sabios y se las ha revelado a los pequeños*[21]*. En definitiva, el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*[22]*, por eso, permanece en la Verdad y Él permanecerá en ti*[23]*.*

---

[15] Rom.VIII,15
[16] Jn.VI,68
[17] Lc. XIX, 44
[18] I Cor.III.20
[19] I Cor. VIII, 1
[20] I Cor. VIII, 1
[21] Mt. XI, 25-25
[22] Lc. XXI, 33
[23] Jn. XV,7

Cuando te encuentres extraviado por haber tomado una dirección equivocada en alguna encrucijada de la vida, y elegido senderos errados, recuerda que tienes contigo al que te dijo «Yo soy el Camino»[24]*, que te conduce al celestial destino, y que, si permaneces en Él, ya has llegado.*

Cuando, muerta el alma a la gracia, vivas rodeado de desgracias por doquier, y contemples aterrado el implacable imperio de la muerte que lleva al camposanto a tus seres más amados, tienes contigo al que te dijo «Yo soy la Vida» y venció la muerte resucitando, y abrió en su ascensión el camino que llevará también tu cuerpo al cielo, donde el alma lo estará esperando. Los que mueren en el Señor[25] *viven eternamente. Él te hace inmortal «quien come mi cuerpo y bebe mi sangre tendrá la vida eterna*[26]*».*

Cuando tu soledad se llene de fantasmas y te encuentres abandonado de todos, recordarás que tu Jesús no te dejará jamás solo, Él estará en ti y tú en Él[27]*. No te dejará solo quien te considera amigo y siervo*[28]*. El Piadoso Pelícano*[29] *te alimentará con su sangre y quien así te ama, te protegerá del infernal milano, te cobijará como a un*

[24] Jn. XIV,6
[25] Ap. XIV, 13
[26] Jn. VI,51
[27] Jn. XIV,18 y 20
[28] Jn. XV, 15
[29] Adoro te devote, Sto. Tomas de Aquino

pollito bajo sus tibias alas[30]*, porque Él es el Emmanuel que te ampara, cuando comulgas o le acompañas en el sagrario.*

Cuando te sientas derrotado por alguno de los tres enemigos de tu alma, que confabulados te asedien y ataquen, o sucumbas a su violencia y te veas ya vencido, considerar la rendición como única solución es simplemente una tentación. No está muerto quien pelea. Cuando el vicio encierre tu alma en las sórdidas prisiones de la desesperación, y tu alma se sienta abatida, esclava de las pasiones de la carne y se ahogue hundida en el cieno de tu barro corrompido, el soplo de su Espíritu le devolverá la vida. Cuando consideres que tu debilidad y flaqueza es impotente ante la virulencia de la tentación, que las alturas son inaccesibles a tu bajeza, no olvides que no es por tu fuerza, sino por su amor y gracia como alcanzarás las cimas más altas. Recuerda que el Señor le dijo a San Pablo cuando libraba estas batallas: Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad[31]*.*

[30] Lc. XIII,3
[31] II Cor. XII-9

Cuando, con toda su impiedad, el mundo se encarnice contra tu alma, con sus modas indecentes y sus ideologías tiránicas, te haga víctima de su prepotencia, y declarándote la guerra pretenda matar tu alma con mentiras y falacias, será tu Jesús quien te fortalezca. El rey David ya sabía muy bien y supo mejor expresar que el Señor es mi fuerza y mi escudo, mi corazón confía en él. Mi corazón se alegra porque recibí su ayuda, por eso le daré gracias con mi canto[32]*. Nada te podrá quitar la paz, si estás dispuesto a ofrendar la vida, a morir antes que pecar. Nos advierte el Señor que al aumentar la maldad se enfriará el amor de muchos, pero el que persevere hasta el fin, se salvará*[33]*. . ıo temas, pelayo, persevera, tu aliado Todopoderoso es tu Jesús que dice Yo he vencido al mundo*[34]*.*

[32] Ps. XXVIII, 7
[33] Mt XXIV.12-13
[34] Jn. XVI, 33

Cuando el demonio con argucias quiera hacerte dudar del amor que Dios te tiene, y la ubicuidad de su odio angélico te haga sentir tu pequeñez humana, la causa es la envidia infernal del amor que Dios tiene por ti. Te odia, porque Dios te ama, no olvides ese amor es más fuerte que la muerte [35]. La luz del amor divino te inunda, por eso su sombra te persigue. Revístete con la armadura de Dios, para que puedas resistir las insidias del demonio, porque nuestra lucha no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los Soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio. Por lo tanto, toma la armadura de Dios, para ll ' puedas resistir en el día malo y mantente firme después de haber superado todos los obstáculos. Permanece de pie, ceñido con el cinturón de la verdad y vistiendo la justicia como coraza [36]. Saldrás victorioso si crees en el amor de Dios[37]. Te ha dado un ángel custodio, un amigo inefable, que jamás te dejará solo, e irá delante de ti [38]

[35] Cant. VIII,6
[36] Ef.VI,12
[37] I Jn. IV,16
[38] Ex. XXIII, 20

y será tu defensor contra los espíritus malos. No lo entristezcas con tu indiferencia y malas acciones, sino acude a él con frecuencia y él llevará hasta el trono de Dios tus ruegos y súplicas. Tu jaculatoria, ¡oh, Jesús mío! nunca caerá en saco roto. Y sobre todo nuestro Señor te ha dado un refugio seguro donde no pudo, no puede, ni podrá alcanzarte la maldad del demonio, donde te verás a salvo de sus insidias y ataques: el Corazón Inmaculado. Ella aplastará la cabeza del infernal enemigo[39] *y te hará partícipe de su triunfo. Para que, al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos*[40]*, repite con frecuencia: ¡Oh, Jesús mío!*

Cuando las tinieblas más densas se ciernan sobre tu existencia, y sientas que tu vida transcurre en una noche cerrada mientras en tu firmamento se van apagando una a una las esperanzas, no te olvides de que Él es la Luz que ha venido al mundo para que no andes en tinieblas[41]*; recibiéndola en tu corazón y en tu mente serás eternamente hijo de esa Luz*[42] *que te ayudará a limpiar y poner orden, tanto en tu interior como a tu alrededor. Él estará feliz porque su mayor alegría es estar en los hijos de los hombres*[43]*. El Señor te dice que «si alguno me ama,*

[39] Gen. III,15
[40] Fil. II,10
[41] Jn. XII,46
[42] I Tes.V,5
[43] Prov. VIII, 31

guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él[44]*». No aceptes jamás que tu alma se quede deshabitada, porque si el enemigo la encuentra vacía, tu estado podrá ser peor que nunca*[45]*, y esta sí sería una auténtica tragedia, un verdadero drama. Conserva en ella siempre el inefable tesoro de la gracia y podrás decir con San Pablo: no soy yo quien vive, es Cristo que vive en mí*[46]*. Dios es Amor* [47]*, crece en tu caridad, vive y se desarrolla en tu virtud y santidad, te permite avanzar en su luz, camino hacia la eterna claridad.*

Cuando la tempestad amenace con hundir en los abismos tu frágil barca, que tu fe no titubee, que no dude un instante tu alma. Él sujeta con su mano las riendas de todos los huracanes, y los rayos pierden su furia tan solo con su mirada, y está durmiendo en la popa de tu alma. Despiértalo y dile ¡sálvame, Señor que perezco [48]*!, ¡levántate Jesús mío!, y volverá la calma.*

13

Cuando te encuentres atribulado y compungido, gimiendo bajo el peso de tus maldades, cuando ni siquiera te atrevas a levantar los ojos del suelo, no te olvides de que Él hizo suyos tus pecados[49] *y los llevó a la cruz y a ti te dio su gracia y vida. No se cansa de perdonarte, aun más de setenta veces siete*[50]*, porque*

[44] Jn. XIV,23
[45] Mt.XII, 44-45
[46] Gal.II,20
[47] I Jn. IV, 16
[48] Mt. VIII,25
[49] I Ped. II, 24
[50] Mt. XVIII,22

no puede agotarse el amor de quien te ama desde toda la eternidad[51]*. Su amor es eterno, te ama complacido cuando eres bueno, cuando eres malo, compungido, pero jamás sorprendido. Él siempre te amó, te ama y te amará; tu Jesús es fiel*[52]*.*

Más grande que su amor no habrá jamás crimen ni pecado.

Si sientes por momentos que su amor es lejano, no es Él quién está lejos, Dios no está lejos de ti, tú estás lejos de Dios. Como al hijo pródigo, está esperando tu retorno, que regreses pronto a su amor, el cual no fue ni será mayor en el cielo, de lo que es hoy en el tiempo y la tierra. Su amor siempre es el mismo, sólo que es sublime en el eterno abrazo y terrible en el rechazo, ante la tremenda eventualidad de continuar para siempre tu existencia lejos, muy lejos, del amor de tu Jesús, pues el infierno no es otra cosa que el amor despreciado por todos aquellos que, haciendo mal uso de su libre arbitrio, frustraron su plan de amor. Pelayo, el plan de amor que Dios ha establecido para ti es que, siendo creado y redimido puedas gozar eternamente en la gloria, que no es otra cosa que el amor correspondido. Sería muy bueno que lo entendieras como San Agustín lo comprendió y

[51] Jer. XXXI,3
[52] IITes.III,3

expresó: Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba, y me lanzaba sobre las cosas hermosas creadas por Ti. Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo. San Agustín afirma que tarde le amó, pero gracias a Dios no fue demasiado tarde para él, como tampoco lo será para ti, si contrito y humillado, le expresas tu amor con estas sencillas y luminosas palabras: ¡Perdón Jesús mío!

Cuando consideres todas las gracias con las que la bondad de Dios te ha colmado, pregúntate con el profeta David ¿con qué pagaré al Señor todo lo que me ha dado [53]? Sin duda que todo es indigno de Dios Padre, excepto su Hijo Jesús, y ese Jesús es tuyo, todo tuyo, sobre todo cuando lo recibes en la Santa Eucaristía. Esto te ayudará a hacer la acción de gracias un poquito más prolongada, más fervorosa y profunda; estarás seguro de que esta será la única ofrenda agradable, recibida y escuchada favorablemente por tu Padre. Muchas veces decimos, ¡oh, Jesús mío!; en particular cuando al final de cada misterio del rosario recitamos la oración que nuestra Señora enseñó a los niños de Fátima: ¡Oh, Jesús mío!, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas y socorre especialmente a las más necesitadas de tu misericordia. Este mes de junio en que ya no hay

[53] Ps. CXVI,12

tantas procesiones de Corpus Christi como antaño, en cambio hay muchas manifestaciones horribles, de personas descarriadas que están muy necesitadas de esa misericordia de Jesús que nuestra Señora nos enseñó a pedir. Por eso, es importante que le pidas al Corazón de Jesús que tenga misericordia de sus almas y las preserve del fuego del infierno, ofreciéndole a Dios con tus sacrificios, el de tu Jesús. Será un consuelo para su Corazón que un coro de jaculatorias amorosas cubra las blasfemias que profieren tantas almas, que serán condenadas, y con una piedra de molino atada al cuello[54] *se hundirán en lo más profundo de un mar de azufre y fuego. Tu ángel custodio llevará hasta lo más alto, las coronas de lirios que depositarás junto a su trono y tu oración se hará eco en los cielos diciéndole en la tierra a nuestro Dios y Señor: ¡Oh, Jesús mío!*

[54] Mc. IX,42

Ese tesoro tuyo que es Jesús, a veces te lo puede robar ese ladrón, que le roba a las almas su Jesús y a Jesús sus almas. Si eso sucede, tienes aún la gracia de recuperar tu tesoro pidiendo perdón con humildad y, mientras recibes la absolución de tus pecados en el sacramento de resurrección, has de recitar este hermoso acto de contrición que rezaban nuestros mayores:

Señor mío, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido; propongo firmemente nunca más pecar, apartarme de todas las ocasiones de ofenderos, confesarme y cumplir la penitencia que me fuera impuesta.

Ofrezco, Señor, mi vida, obras y trabajos, en satisfacción de todos mis pecados, y, así como lo suplico, así confío en vuestra bondad y misericordia infinita, que los perdonaréis, por los méritos de vuestra preciosísima sangre, pasión y muerte, y me

daréis gracia para enmendarme, y perseverar en vuestro santo amor y servicio, hasta el fin de mi vida. Amén.

No debes descansar hasta encontrarlo, como hizo aquella mujer que sólo paró cuando halló la dracma que había perdido[55]*, porque el Buen Pastor tampoco descansa buscando el cordero robado, la oveja descarriada. Tú buscándolo a Él, Él buscándote a ti. El Señor es mi pastor, nada me faltará, Él me hace recostar en verdes prados, me conduce a manantiales que restauran confortando mi alma, guiándome por senderos rectos para gloria de su Nombre. Aunque atraviese un valle de tinieblas no temeré ningún mal, porque Tú vas conmigo. Tu bastón y tu cayado me infunden aliento. Tú dispones una mesa para mí ante los ojos de mis enemigos. Unges con bálsamo mi cabeza; mi copa rebosa. Bondad y misericordia me seguirán todos los días de mi vida; moraré en la casa del Señor por días sin fin*[56]*.*

Señor mío y Dios mío, así lo expresó Santo Tomás, y tú debes proclamarlo con tus obras y palabras para que vean los demás tus obras buenas, y glorifiquen al Padre que está en el cielo[57] *y en tu alma. Da testimonio de tu fe multiplicando los talentos recibidos, y las almas buenas*[58] *se alimentarán con frutos sanos. Él es Señor y Rey, y su reino de gracia permanece estable en tu corazón —regnum Dei intra vos est*[59]*—, y siendo*

---

[55] Lc. XV, 8-9
[56] Ps. XXIII
[57] Mt. V,16
[58] Mt.VII,17
[59] Lc XVII, 21

como es el mayor bien, se comunica de suyo a otras almas. No ocultes su luz debajo del celemín, sino ponla en lo más alto, para que ilumine toda la casa[60] y que, de esa forma, todos los corazones reconozcan y acaten su sagrada realeza y por el poder de los consejos evangélicos se extienda el imperio de su caridad, donde todos le aclamen diciendo: Señor mío y Dios mío.

Mi Jesús en mí, y yo en Jesús. Perder nuestro yo, mi nada, en ese Dios sublime que si es «Ego sum quí sum», «Yo soy el que soy[61]». Ante su inmensa grandeza y santidad, te invita a ejercer la virtud fundamental de la humildad, practicando la abnegación cotidiana cada vez que lo soliciten las inspiraciones imprevisibles del Espíritu Santo, que no se sabe de dónde vienen ni a dónde van[62]. Déjate conducir, que por sus caminos te llevará a ese destino que Dios te tiene preparado y que ni ojo vio ni oído oyó ni la mente humana pudo imaginar lo que ha preparado para los que le aman[63]. San Juan Bautista lo expresa claramente: «Es necesario que Él crezca y que yo mengüe[64]», de esa manera eres absorbido por ese océano de la divinidad, donde nuestro yo, nuestra nada, desaparece en Él. El ego mezquino y egoista, el ser insignificante queda

[60] Lc. XI,33
[61] Éx. 3,14
[62] Jn. III, 8
[63] I Cor. II, 9
[64] Jn.III,30

lleno de Él por la maravillosa generosidad de su bondad, como una paja se vuelve fuego en un incendio de amor, como una gota de lluvia se ve disuelta en la inmensidad de ese océano de la divinidad, porque en efecto, en Él vivimos, nos movemos y existimos[65]. *Como nos hizo hijos suyos, nacimos de nuevo*[66], *a todos los que lo recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios. Ellos no nacieron de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fueron engendrados por Dios*[67]. *Participando de la naturaleza divina,*[68] *el que vive en Cristo es una nueva criatura, lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente*[69]. *Por la filiación divina Él le dará a tu alma la dimensión más grande, porque sólo Él es santo*[70] *tu santidad será a su medida, quedarás lleno de Él, porque la santidad de Dios es perfecta y eterna. La Santísima Virgen, plena de gracia, te ayudará a colmarte de Dios.*

Cada uno tiene su medida personal, cada cual tiene la suya, que, siendo pequeña, Dios va dilatando las fronteras de esa pequeñez que le ponen coto. Esto será posible mediante las abnegaciones cotidianas, que nos permiten acrecentar esa vida divina, crecer en santidad. ¡Si conocieras el don de Dios[71], *ese tesoro sublime que es tu Dios, que es tu Jesús! Aprende con*

---

[65] Ac. XVII, 28
[66] Jn.III-3
[67] Jn.I,12-13
[68] II Ped. I, 3-4
[69] II Cor.V,17
[70] Ap. XV,4
[71] Jn. IV, 10

los santos a pronunciar el nombre de Jesús con los labios y el corazón. Lee lo que San Bernardo escribe Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, un canto de delicia en el corazón y lo que San Buenaventura exclama, oh, alma, si escribes, lees, enseñas, o haces cualquier otra cosa, que nada tenga sabor alguno para tí, que nada te agrade excepto el nombre de Jesús.

Sé bueno, querido pelayo. Es verdad que es cosa imposible sin Jesús, ya lo dijo, sin mí no podéis hacer nada[72]*. Ten siempre en cuenta que sólo Dios es bueno*[73]*, pero como Jesús es tuyo y tú eres de Jesús, serás bueno y serás santo. En tu casa y en la calle, en el campo o la montaña, en soledad o acompañado, en la tristeza y en la alegría, sano o enfermo, en estado de pecado lo expresarás arrepentido o si estás en gracia, agradecido, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo por el cual podamos salvarnos*[74]*, por ello, será oportuno que repitas con frecuencia en toda circunstancia y momento, pero sobre todo en la santa comunión, y cuando vayas a morir besando el crucifijo, con todas las indulgencias esperanzadoras que le otorga la Iglesia, que tu último suspiro sea: ¡Oh, Jesús mío!*

Padre José Ramón Mª García Gallardo.

[72] Jn. XV,5
[73] Mc.X,18
[74] Act.IV-12

JHS

El Padre Celedonio de Jarauta

Soldado de Dios y del Rey en Méjico

El Padre Celedonio de Jarauta nació en Malón el 3 de marzo de 1813, en la provincia de Zaragoza (Aragón), siendo desde su infancia un vasallo devoto de Nuestra Señora del Pilar.

En Zaragoza cursó los estudios de Humanidades y de Filosofía e ingresó a la Orden de los Frailes Menores.

Antes de ser ordenado sacerdote, se adhirió, como muchos otros curas, a la Santa Causa del infante Don Carlos María Isidro de Borbón, mejor conocido como Don Carlos V en la Primer Guerra Carlista. Militó en las huestes del general Ramón

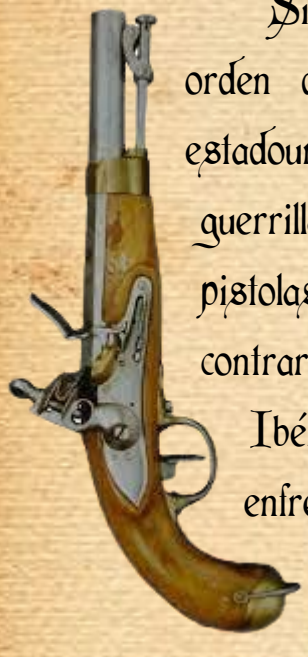
Cabrera. Como militar cumplió cabalmente las ordenes de defender al Dios verdadero y al justo Rey, frente al avance de la revolución que usurpaba el trono de las Españas en 1833 y comenzaba la cruzada de la nueva reconquista carlista por la Tradición Hispánica.

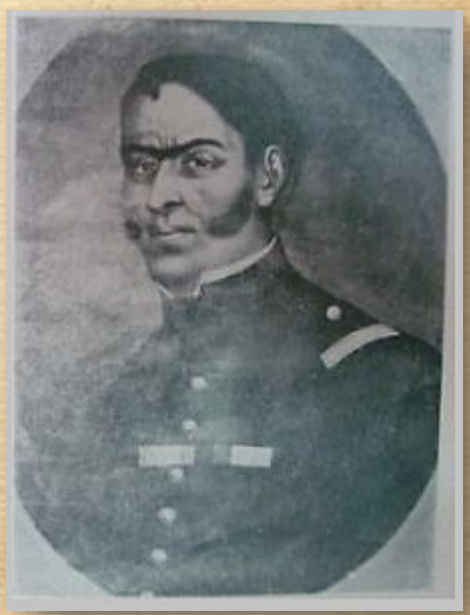
Más tarde, se habría exiliado a La Habana, Cuba, lugar donde recibió las ordenes sagradas inició su camino por la salvación de las almas, teniendo siempre presente su deber público cristiano de luchar arduamente contra la revolución liberal en cualquier lugar que fuera.

En 1844 pasó a Méjico. Fungiendo como vicario de una parroquia, no tardó en dejarla, tal vez por ser el suyo un talante encendido y más militante. A partir de entonces se domicilió en el Convento de la Merced en el puerto de Veracruz, donde cobró mucha fama como confesor y predicador.

En tal empresa, al tiempo que se anunciaba la guerra entre Méjico y los Estados Unidos, se dio de alta como capellán del 2º Batallón de Infantería, al mando del Coronel Juan de Dios Arzamendi. Poco después desempeñó el mismo cargo en el Hospital de Sangre.

Sin embargo, en cuanto conoció la orden de crear guerrillas para hostilizar a los estadounidenses, presentó una solicitud para encabezar una guerrilla el 16 de marzo de 1847, proporcionándosele para ello dos pistolas y una montura como aquellos años de contrarrevolución carlista en la Península Ibérica. Ese mismo día tuvo su primer enfrentamiento con los invasores, a los que aplicó el sistema de "*pega y corre*" con tal éxito que en mancuerna con Juan Clímaco Rebolledo formó una compañía temible para los convoyes gringos, convirtiéndose en el azote de los «yankees». Entre abril y mayo de ese año, con sólo 14 hombres, habían aniquilado





a 102 enemigos además de obtener un copioso botín, alcanzando el rango de jefe principal de guerrillas de Veracruz a Peronte. Más tarde operó en los llanos de Apam y en las inmediaciones de Pachuca.

El 14 de septiembre siguiente, ostentando el cargo de Comandante de la Primera Guerrilla de Oriente, arribó a la Ciudad de Méjico montado a caballo y sosteniendo el pabellón mejicano.

El padre Celedonio de Jarauta divulgó las siguientes palabras;

"Habitantes de la Ciudad de Méjico, despertad ya del peligroso letargo en que os halláis. Ved vuestra religión y cara patria sumergidas en la mayor de sus desgracias, esperando tan sólo el día en que sus valientes hijos se decidan a vengar el agravio que les hacen esos invasores ambiciosos, desmoralizados y crueles. Levantaos en masa y unidos a una sola voz clamemos; ¡Viva Méjico!, ¡Viva su Religión Católica!, ¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva el Santo Papa! Que, por salvar a su patria y a su religión, vuelva el pueblo a echarse encima de los yanquis, aunque sea con sus puras manos. La muerte es preferible a esa aparente paz que les han impuesto, y que no hace sino acrecentar su ambición de despojo y diabólico orgullo. Este es el único medio de salvar a la Patria, a la Religión Católica y a nosotros mismos de los grilletes de

la indigna esclavitud. Primero moriremos matando «norteamericanos» y gente «norteamericanizada», que rendirnos a sus poderosas armas, a sus falsos dioses como el dinero y el progreso, y a sus falsos ofrecimientos de democracia".

Dejó la capital a poco para organizar la guerra de guerrillas de resistencia, en cuya lucha se sostuvo hasta que el 2 de febrero del año siguiente de 48, cuando se firmó el tratado Guadalupe-Hidalgo, en el cual Méjico cedía una gran parte de su territorio como California, Nuevo Méjico, Tejas y Arizona.

El padre Jarauta fue un gran guerrero y la gente a su cargo de gran coraje, todo un dolor de cabeza para el mismísimo general Winfield Scott, general del Ejército de Estados Unidos de América. En Huamantla encabezó el ataque donde fue muerto Sam H. Walker, jefe de los rangers de Tejas, lo que orilló a los invasores a organizar un cuerpo antiguerrilla en su contra. Este hecho fue el que más fama dio al padre Celedonio de Jarauta.

En enero de 1848, al grito de *"¡Viva Méjico, mueran los yanquis!"* obtuvo una clamorosa victoria en San Juan Teotihuacán, y aún tuvo fuerzas para defender la capital. Habiendo encabezado la resistencia civil de la capital mejicana durante tres largos días, se replegó a Tulancingo y Zacualtipán,

donde fue combatido por los estadounidenses que habían puesto precio a su cabeza, pero no lograron su captura.

Mariano Paredes Arrillaga

Luego de la firma de la paz con los Estados Unidos, al no estar él de acuerdo en sus términos, buscó refugio en la ciudad de Lagos de Moreno. Residiendo allí, y motivado por Mariano Paredes Arrillaga y Manuel Doblado, el 1° de julio de 1848 lanzó su Plan, y ambos tomaron Lagos sin el menor obstáculo y se dirigieron de inmediato a Guanajuato, que se les rindió el 15 de julio. Paredes capitaneaba a 550 hombres, Celedonio de Jarauta a cien.

Aquí arrancó el plan cuya ejecución, en poco más de dos semanas, le costará la vida a su autor. Conociendo este plan el recién electo

Presidente Herrera, ordenó al general Antonio Bustamante que de inmediato pasara de Silao a la capital, Guanajuato, para recuperar la plaza, a la que pone sitio el 18 de julio, derribando el cerco al día siguiente.

Desde la víspera fue capturado el Padre Celedonio de Jarauta, quien temerario como siempre fue, al frente de cincuenta de los suyos, intentó frenar el avance de los sitiadores en Mellado y Valenciana, protagonizando acciones de fuego cruzado en los cerros de San Cayetano, Rocha, El Gallo y Gritería. En este último, el capitán Vicente Camacho pudo aprehenderlo remitiéndolo al general Cortázar y éste a Bustamante, que de inmediato dispuso que fuera fusilado por la espalda de manera cobarde, sentencia que se cumplió a pocos pasos del templo de San Cayetano, donde fue sepultado. De esta manera quedó patente que tanto liberales yanquis, como conservadores mejicanos, traicionaron a aquel hombre tradicional que recibía el embate de frente, para dar fe de sus actos.

En los Estados Unidos celebraron la muerte del "*bandido Jarauta*", como le apodaban sin morderse la lengua los yanquis protestantes, al pensar que el Padre Celedonio de Jarauta quedaría olvidado de la historia sin entender que, para Dios, no habrá soldado anónimo, y que ese cura carlista dejó unos "*cachorros espirituales*" dispuestos a levantar nuevamente la emboscada contra aquellos que usurparon la religión sagrada.

Cuarenta y tres años después, en el sitio de su ejecución, el 18 de julio de 1891, se inauguró, hasta hoy el único monumento público

levantado a su memoria. Años antes, el 2 de agosto de 1853, por decreto del Gobierno, se dispuso a rendir "*honores al presbítero Celedonio de Jarauta*", arguyendo en su artículo 1º que

"*ha merecido bien de la patria por la decisión y valor distinguido con que peleó en la guerra contra los invasores, disponiendo de sus restos fueron inhumados para depositarlos en la capilla de Santa Faustina de la colegiata de Nuestra Señora de Guanajuato*".

Y allí permanecen hasta el día de hoy.

Su biógrafo Daniel Molina expone;

"*la fama y popularidad del padre Celedonio de Jarauta, el hombre que nunca aceptó la derrota: el hombre que se tragó su propia muerte a cucharadas, gota a gota, a sorbos: el hombre que apuró su cáliz sin quejarse*".

"*El cura que entendió que a la revolución no se le da tregua como hiciera San Miguel Arcángel, que a la revolución se la recibe con las bayonetas y sin cuartel*".

Isabel Clara Eugenia de Austria

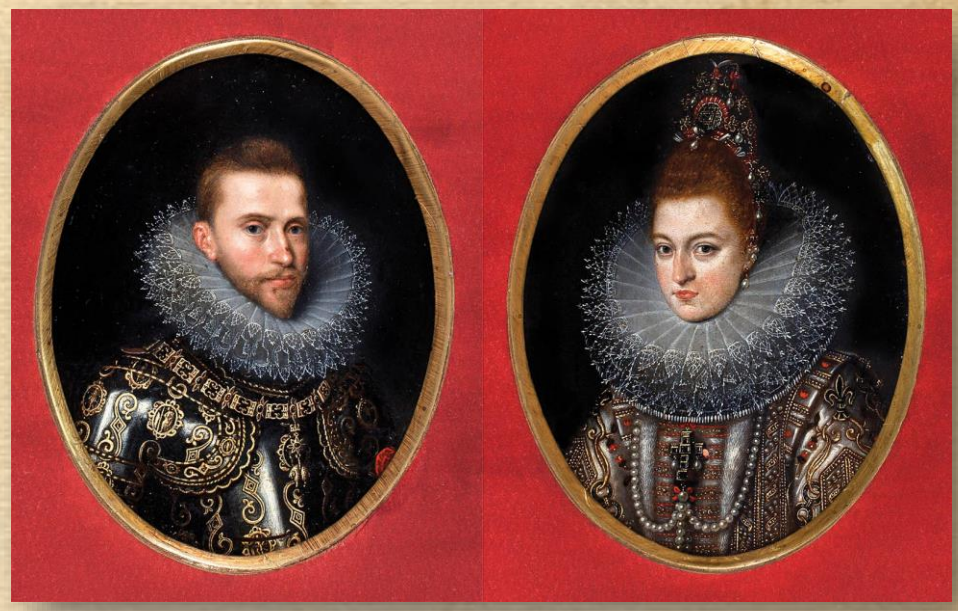
Soberana de los Países Bajos

Nació en Valsaín, Segovia, en 1556 y era la hija primogénita de Felipe II y su tercera esposa Isabel de Valois. Su padrino de bautismo fue su tío Don Juan de Austria. Se llamó Isabel en honor a su madre, Clara porque nació el día en que la Iglesia honra a esa santa, y Eugenia por San Eugenio, cuyos restos se acababan de trasladar desde París hasta Toledo por mediación de la reina.

Solamente tenía dos años cuando se quedó huérfana de madre. Asumió su papel de hermana mayor con respecto a sus hermanos Catalina Micaela y Felipe (que llegaría a ser Felipe III), a los que cuidó con la atención y preocupación propias de una madre.

Su padre el rey Felipe II educaba a sus hijos con todo esmero, y tuvo especial confianza en su primogénita. La infanta Isabel también respondió a ese cariño paterno con fidelidad y obediente cumplimiento de las tareas que le encargaba. Como durante mucho tiempo fue

considerada heredera al trono de las Españas, servía como secretaria a su padre el rey, quien le pedía ayuda para pequeños asuntos de Estado, por ejemplo, para la traducción de documentos de otras lenguas al español y de éste a otros idiomas (Isabel dominaba el latín y el francés). Cuando nació su hermano Felipe y quedó claro que ella no iba a reinar, contrajo matrimonio con su primo Alberto de Austria.



A los recién casados se les asignó el gobierno de Flandes, el Franco Condado de Borgoña y el Charolais. Isabel y su marido Alberto actuaban allí como gobernadores del rey Felipe. Su gobierno tuvo dos columnas, la defensa de la fe católica frente al protestantismo y la mejora de las condiciones de vida de los habitantes de esas tierras.

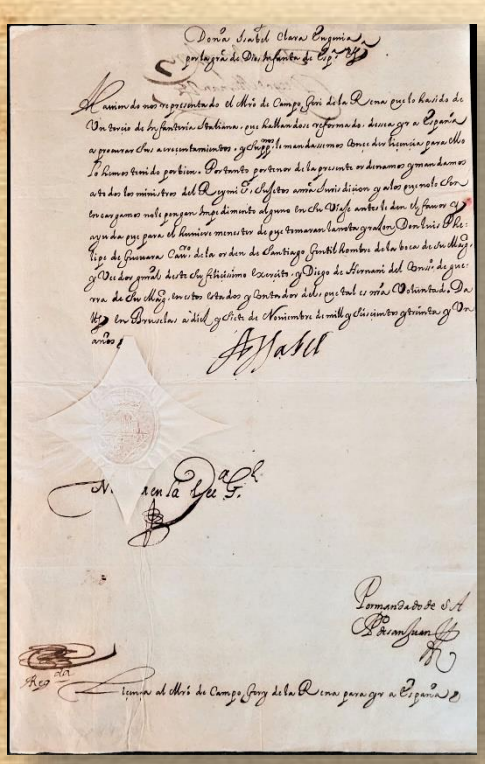
La infanta Isabel y su marido tuvieron varios hijos, pero todos murieron al poco de nacer, por lo que los territorios que se le habían cedido como dote a Isabel, revirtieron a la Corona en 1621, cuando murió su marido Alberto. Desde ese momento, tomó los hábitos de terciaria franciscana, que ya no abandonaría, ni siquiera en los actos oficiales.

Ella permaneció en Flandes, transmitiendo y ejecutando las órdenes que

recibía del rey Felipe IV. Le fue de gran ayuda el conocimiento de asuntos de gobierno que adquirió cuando tuvo que ayudar a su difunto padre el rey Felipe II.

Llegó a ir personalmente a alguna de las batallas que tuvieron lugar durante la Guerra de los 30 años —bajo su mandato tuvo lugar la toma de Breda—: pero lo que realmente definía su personalidad era su fe católica —digna bisnieta de la reina Isabel la Católica—: en especial, se identificaba con el carmelo descalzo.

Era muy devota de Santa Teresa de Jesús y promovió activamente su causa de canonización y la difusión de sus escritos y su culto. Durante su gobierno se establecieron varios monasterios de carmelitas descalzas en Flandes y, además, permitió que la Compañía de Jesús tuviera gran protagonismo en su territorio. Isabel se preocupó de que las mujeres de su entorno tuvieran una buena formación católica y no se olvidó de difundir el teatro y la literatura de la Península en los reinos españoles del norte de Europa. Por ejemplo, mandó imprimir El Quijote.



Como no puede ser menos en el caso de una mujer católica, la Virgen Santísima fue su modelo. Participó y fomentó las peregrinaciones en la zona, y consagró los Países Bajos a Nuestra Señora de Laecken. Mientras vivió su marido, lo apoyó en todas sus tareas públicas y siempre fue una fiel representante de la Monarquía católica. A pesar de que tuvo que estar presente en escenarios bélicos, procuraba la concordia, tanto que incluso su confesor le otorgó el nombre de «*Princesa de la Paz*». Fue muy querida por sus súbditos. Murió en Bruselas en el año 1633.

PERSONAJES IMPORTANTES EN EL CONFLICTO PAÍSES BAJOS – ESPAÑA (A FINALES SIGLO XVI Y COMIENZOS DEL XVII)

CORONA ESPAÑOLA	PAÍSES BAJOS
ISABEL CLARA EUGENIA	J. NASSAU
A. SPINOLA	G. DE ORANGE
RUBENS	PIET HEIN

HABILIDADES

CAZA
Gran amazona y cazadora desde joven. Manejaba el arcabuz y la ballesta

GUSTO ARTÍSTICO
Desde 1622, impulsó a la pintura de Rubens en España, no muy apreciada por las élites españolas por entonces.

IDIOMAS
Dominaba el castellano, francés, italiano y latín, algo muy sorprendente incluso en su posición.

Esta imagen de Isabel Clara Eugenia es del 1600. Las lechuguillas que lleva en cuello y mangas se prohibieron en España veintidrés años después.

El pañuelo blanco era un aderezo signo de elegancia según la moda española del siglo XVI. Desde España saltó su popularidad a los Países Bajos.

«Isabel», por su madre; «Clara», por haber nacido el mismo día que la Santa; y «Eugenia» por San Eugenio.

ISABEL CLARA EUGENIA
(1566 – 1633)

EDUCACIÓN

Como posible candidata al trono de España, recibió desde la infancia una esmerada educación.

Era consejera de su padre, Felipe II, que confiaba plenamente en ella y con quien consultaba los asuntos más delicados. Esto hizo que el rey quisiera retener a su hija consigo y retrasar sus oportunidades de casamiento. Por ello, Isabel Clara Eugenia se casó a una edad muy tardía para la época, a los treinta y tres años .

Destacó por su gran inteligencia, influencia en los asuntos de la monarquía, así como por su carácter extrovertido.

EXPERIENCIA

Entre 1598 y 1621, Isabel Clara Eugenia es, junto con su esposo Alberto de Austria, princesa soberana y gobernante de los Países Bajos meridionales. Era un enclave importantísimo, al hacer frontera con los recién independizados y calvinistas Países Bajos septentrionales.

A la muerte de Alberto, Isabel Clara Eugenia se convierte en gobernadora en solitario. Emprende importantes campañas, como la toma triunfal de la Plaza de Breda, inmortalizada años después por Velázquez. Nombra a Rubens su principal consejero político.

PARENTESCO

JUANITO, CRUZADO DE ESPAÑA

(QUINTA PARTE)

CRUZADO DE ESPAÑA

—¿Te das cuenta? Yo también soy un mensajero, no estoy directamente al servicio de la contrarrevolución, pero deseo su triunfo ardientemente. Llevo y traigo mensajes del bando blanco. Estamos organizándonos para ayudar material y espiritualmente a todos los sacerdotes y religiosos que se han escondido por donde han podido. Esta carta que llevo hoy es muy importante porque contiene un listado con los lugares donde se encuentran los escondites secretos de todos los clérigos que se han visto obligados a ocultarse. Voy a entregárselo al nuevo jefe de servicio. Al anterior lo fusilaron hace poco, que Dios tenga misericordia de su alma hermosa y heroica.

¿Lo entiendes? Si esta carta cayera en poder de los rojos, el resultado sería una hecatombe de desgracias para todos los sacerdotes ocultos en la zona controlada por los revolucionarios. Unos, porque son demasiado

viejos para huir con rapidez, debido a todas las dificultades que eso implica; otros porque están muy vinculados a los fieles que se agrupan en torno a ellos. Por eso debo partir de inmediato. Me ha gustado hablar contigo, pero es imprescindible que tu pagano salvaje no me sorprenda.

— ¿Dónde podré volverle a ver, padre?

—¿Conoces la cascada que cae en la parte baja del valle?

—Oh, sí, es ahí donde voy a buscar agua.

—Lo suponía. ¿Conoces la cueva que hay justo al lado de la cascada y que da la impresión de estar toda inundada?

—Sí, he estado allí. Dentro hay una bella sillería de rocas emergentes, como si fueran un sillón.

—Te esperaré pasado mañana allí a la hora en que el sol esté situado justa encima del pico de esa montaña. Pero sólo esperaré un ratito, porque tu famoso sillón no debe ser muy cómodo para estancias largas.

—Allí estaré, padre. Mire, aún guardo mi rosario y mi insignia de cruzado. Me gustaría llevar mi insignia de manera visible. Padre, ¿no cree usted que Alfonso, que cada día es más amable conmigo, aceptará que manifieste mi fe? Antes la llevaba prendida sobre mi jersey, pero después de que comenzó la revolución, nuestro párroco nos prohibió llevarla puesta. Decía que no quería que

nos expusiéramos inútilmente. Y eso que en Pobleto no había peligro, porque todo el mundo era católico allí... precisamente por eso han quemado la aldea. Pensábamos que nuestro querido párroco era excesivamente prudente y tal vez un poco miedoso, pero con su muerte nos demostró a todos su gran valor. Yo estaba en la zona alta de la montaña cuando escuché los primeros cantos de guerra de los rojos. Fui bajando sigilosamente ocultándome entre las rocas de la ladera y allí abajo estaba mi pobre pueblo y mi pobre párroco. Fueron directamente a la iglesia, entraron y unos segundos después sacaron al párroco a empujones. El cura se unió a un grupito de mujeres que estaban al fondo de la plazoleta, junto a la casa de Martínez.

Tampoco tardaron mucho en salir los comunistas que cerraron la puerta y colocaron un cartel —sin duda para prohibir entrar allí— . Uno de ellos llevaba en la mano un ciborio y les mostraba a los demás las hostias que allí había guardadas. No se imagina usted los gritos demoniacos de esos bandidos dispuestos para el peor de los sacrilegios. Lo que le voy a contar sucedió en pocos segundos. El cura cruzó la plaza con una rapidez nunca vista en Pobleto. El caso es que no le vi correr, por eso pienso que lo trasportaron unos ángeles. Llegó junto a los rojos y sin dudarlo ni un segundo, les quitó el ciborio de sus manos y fue consumiendo devotamente, una a una, todas las hostias. Ni un solo hombre osó

moverse en el trascurso de esta escena. Estoy seguro de que había ángeles en torno a él impidiéndolo. Pero en cuanto salieron de su sorpresa y se dieron cuenta de que no les había quedado ni una sola hostia saltaron todos a una, como auténticas fieras, sobre el sacerdote y lo despedazaron allí mismo.

Las pobres mujeres se habían acercado hasta allí tal vez impulsadas por la curiosidad tal vez por el horror ante la posibilidad de que se produjera un horrible sacrilegio. El caso es que estaban muy cerca de donde habían asesinado al sacerdote. ¿Alguna de ellas hizo algún comentario de reprobación? No lo sé, no pude escucharlo bien. Sólo oía gritos. Parecía que los bandidos, al haber entrado en contacto con la sangre habían entrado en un paroxismo de rabia, porque comenzaron a matar a las mujeres. Yo abandoné mi observatorio y caí por la ladera, intentando acercarme a mi pobre madre, en vano. Padre, la volveré a encontrar en el cielo, tal vez pronto...

—Tal vez, Juanito. Hasta ahora has cumplido el lema del Cruzado. ¿Lo ves?: has rezado mucho, quieres mucho a la Virgen, y ella también te quiere, porque te escucha. Sigue ofreciendo todas tus acciones, incluso las más pequeñas, para permanecer siempre en estado de oración; tal vez uno de estos próximos días, en nuestro escondite detrás de la cascada, podré darte la Santa Comunión. Como en los días de las catacumbas, confortaremos a las almas fieles tan a menudo

como sea posible, llevándoles el Pan de Vida, que les ayudará a triunfar hasta la muerte, hasta el cielo. Tú también eres un apóstol, Juanito, al intentar que tu amigo rojo vuelva a Cristo. Has tenido que sacrificar todo lo que amabas. Quizá ahora tengas que sacrificar tu vida —heroicamente o tal vez muy humildemente—, para completar tu apostolado. No puedo retrasarme más. Dame tu placa, Juanito, para que te la prenda en el pecho. Llévala como los cruzados llevaban la gran cruz roja sobre sus vestiduras blancas. Que Dios te dé fuerzas en la lucha, incluso y sobre todo en la pequeña lucha de cada día: esa que es tan difícil, porque nos desgastamos un poco en las mil pequeñas cosas si no las hacemos más grandes, sobrenaturalizándolas. Ponte de rodillas, mi valiente amiguito, para que te dé la bendición: que Dios te dé fuerza para que seas lo más valiente posible.

Entre las dos casuchas en ruinas, cerca de la pequeña hoguera apagada de un pequeño campamento de vigilancia comunista, en plena España revolucionaria, un sacerdote bendice a un niño. Allá arriba, en el gran paraíso, los ángeles cantaban el Aleluya. Una madre miraba a su hijo, feliz de sentirle reconfortado. La Virgen Santísima sonrió; ¿acaso ha abandonado alguna vez a los que la aman con ternura y recurren a Ella?

«Benedictio Dei omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super te et maneat semper».

—Adiós, Juanito. Reza por mí. Hasta pasado mañana.

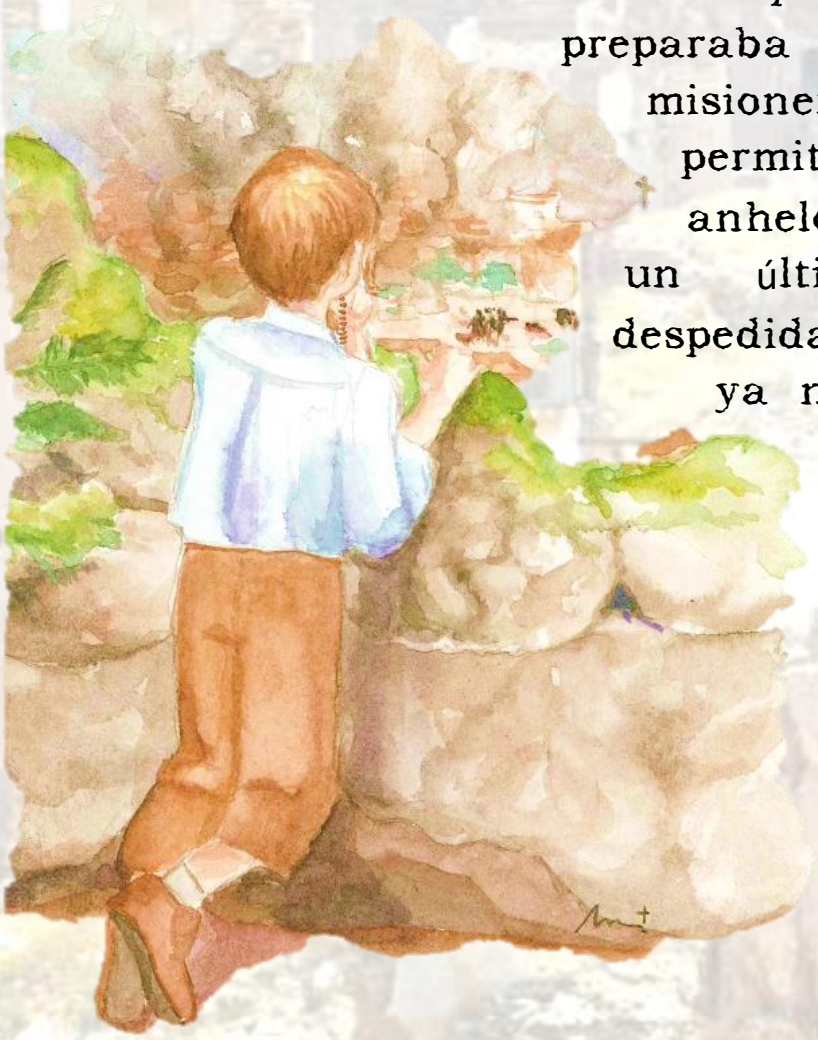
—Adiós, Padre. Allí estaré.

—Si no llego, ya sabes que habré sido capturado o asesinado por los rojos y que entonces podré rogar por ti incluso más que ahora. Si alguna vez llegas a pasar a dónde están los blancos, con o sin Alfonso, diles que viste a Don González y que él les pide que te traten bien.

Como si quisiera sacudirse la emoción que le paralizaba, el sacerdote se puso su abrigo con rapidez y de un salto, empezó a subir por la montaña. Desde la lejanía se despidió con otro

gesto y otra bendición. Era un gesto de paz que contrastaba con el puño alzado, símbolo de guerra y odio.

Juanito, al borde del terraplén con trazas de haber sido cultivado en alguna ocasión, observaba cómo se alejaba Don González mientras reflexionaba sobre sus palabras. Pensaba que habría sido mucho mejor para él haberse ido junto al padre, al encuentro de los blancos, entre los que la vida aún era normal y junto a los que tenía la alegría de tener verdaderos hermanos en la fe. También se dio cuenta de que era necesario quedarse. Ser apóstol no es nada fácil. Se daba cuenta de que así Dios le preparaba para la vida de misionero, si es que Él le permitía realizar ese anhelo. Entonces, hizo un último gesto de despedida que el sacerdote ya no vio porque se había ocultado tras el pico de la montaña



Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago

Ya llegan las vacaciones, acaba el curso, donde nuestros amigos han estudiado y dado ejemplo de ser carlistas ante sus compañeros y sus maestros.

¿Y quién estaba esperándolos para este verano lleno de nuevas aventuras?

¡Jarrón!

Está dispuesto a todo tipo de hazañas, porque el verano es para formarse como verdadero carlista, súbdito de S.A.R. D. Sixto Enrique, el Rey Enrique V.

La vida de piedad, el saber y el cuerpo deben ser el objetivo de este verano

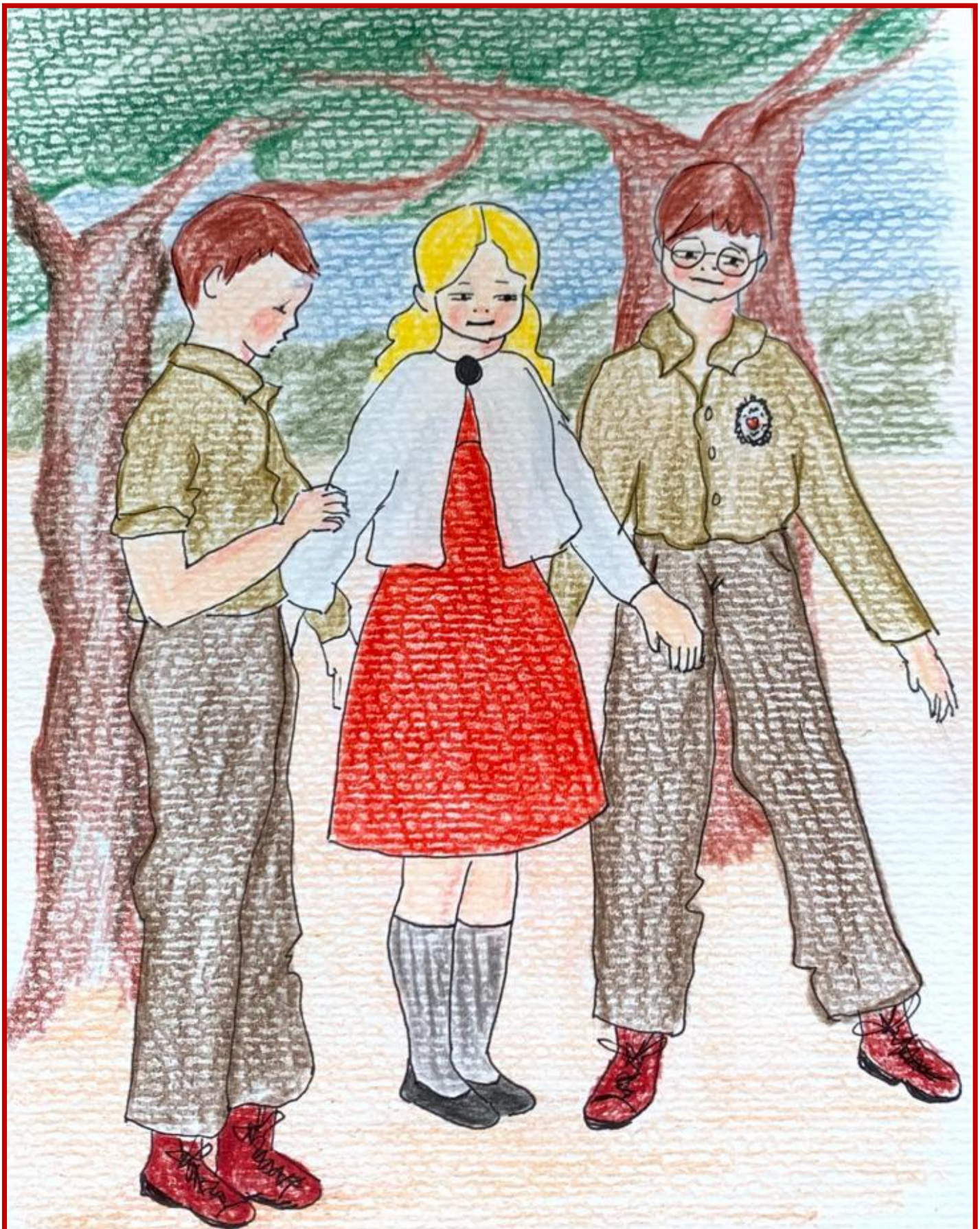
Hay que planificar lo que se va a hacer, no se puede improvisar nada.

Un buen campamento necesita un orden del día, una bandera, una distribución de las tareas y una jerarquía.

Porque el tiempo perdido es tiempo regalado para el enemigo.

Y hay que llevarse lo que no le puede faltar a toda joven margarita y pelayo: la Revista Pelayos.

Así que las preparamos para llevarlas y compartir con nuestros amigos.



Ahí van nuestras margaritas y pelayos dispuestos, y con su ¡detente!

No puede faltar

¡Nos vamos!

Lo primero…lo principal: Nuestra Señora.

Todo debemos ofrecérselo y poner en sus manos, porque Ella será la que nos dará la victoria, y si caemos pondrá nuestro nombre ante Nuestro Señor Jesucristo, porque no somos ante Dios héroes anónimos.

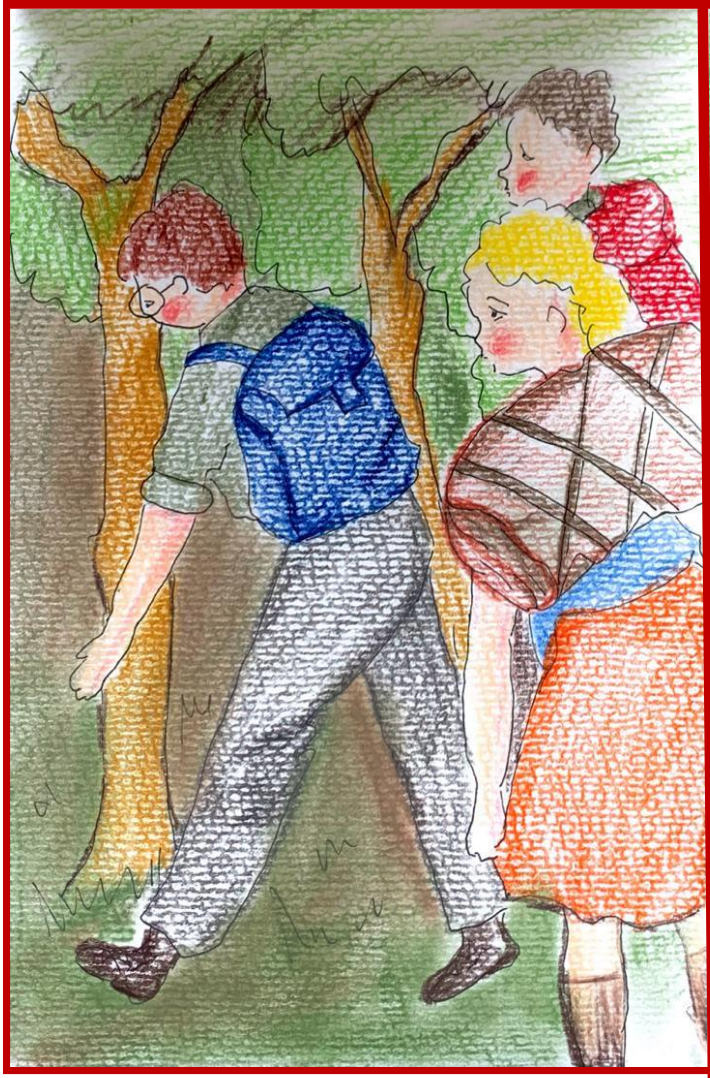
Restauraremos todos aquellos templos, altares y lugares de donde han retirado a Dios, porque estamos llamados a devolver esta sociedad a Cristo Rey, y Enrique V nos lo ordena.

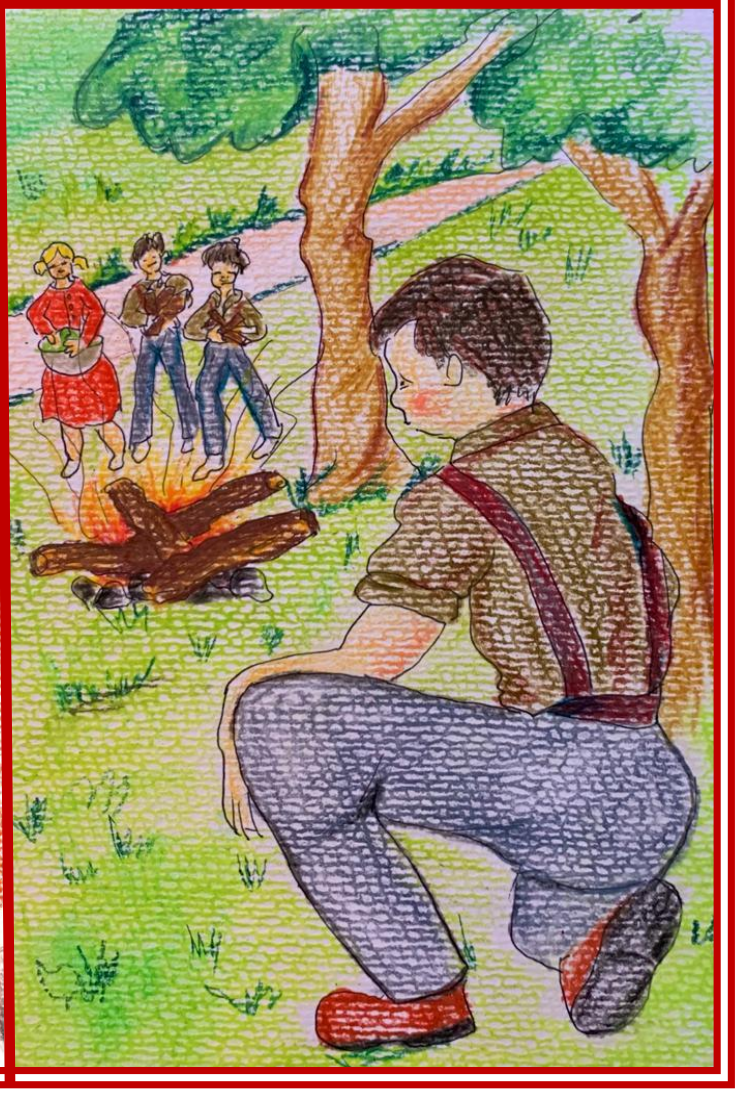
No caben titubeos ni pereza, mucho menos miedo.

Las órdenes de quien abandera la lucha de la Santa Tradición, son para vencer, en el colegio o en la calle, en el campo o en la ciudad.

Nuestra boina es un honor y una responsabilidad.

Así que ¡a trabajar!





D. Ignacio recogió su boina roja de encima de la mesa de centro; ya se despedía.

Realmente la jornada había sido intensa, llena de historias y de acción, de personajes y de hazañas, de batallas y victorias. Nunca habían oído ni vivido tantas aventuras y, mucho menos, que fuesen ciertas, porque en el colegio no se las enseñaban y en los cuentos todo era imaginativo. Pero esto era real.

Jarrón se encontraba estirado cuan largo era en el centro del salón, tantas emociones habían hecho mella en él; al fin y al cabo, había combatido a moros y herejes, descubierto nuevas tierras para Nuestro Señor Jesucristo y para el Rey, asistido a Concilios y mordido a algún que otro traidor.

Santiago intuyó que D. Ignacio estaba haciendo ademán de despedirse, y cogiéndole de la mano le preguntó:

- No se va, ¿verdad qué no?

Pero Clara fue más directa y no esperó respuesta: asiéndolo de la otra mano tiraba de D. Ignacio, intentando, en vano, que se volviera a sentar.

- Ya me tengo que ir, que anochece y debo cenar y acostarme, les explicó D. Ignacio.

- ¡No!, soltó impetuoso Santiago.

- ¿Pero qué formas son esas?, exclamó su padre.

- Es que no quiero que se vaya, replicó en voz baja, pero con sinceridad, Santiago.

Clara, ante la presunción de que la batalla estaba perdida, ideó ganar la guerra:

- Se va, pero mañana vuelve, ¿verdad D. Ignacio?, soltó, decidiendo por él.

Muchas opciones no daban los hermanos.

Mientras, sus padres agradecían la visita de su muy buen amigo y la magnífica tarde que les había brindado, acompañándole hasta la puerta.

Y allí estaban ya, como dos soldados de guardia en su garita, flanqueando la puerta Clara y Santiago, dispuestos a no rendirse y conseguir una visita de D. Ignacio cuanto antes.

Jarrón, tan pronto se vio solo en el salón se imaginó que se estaba desatando otra batalla contra algún pérfido enemigo de las Españas, y se estaban quedando muchas

piernas sin morder, así que sin medir fuerzas corrió por el pasillo hasta estamparse contra la puerta de entrada. Tal fue el golpe que D. Ignacio ante semejante espectáculo, no tuvo más que comprometerse:

- Pasado mañana vengo otra vez, si me invitáis.

- ¡Sí!, ¡sí!, corearon los dos hermanos. Además, ya tenemos vacaciones, completaron, para darle a entender que, no sólo por la tarde podía venir, sino ¡también por la mañana!

- ¿Qué formas son esas?, intervino ahora su madre.

Riéndose su muy buen amigo puso una condición:

- Bien, pero tenéis que hacer una cosa…

- ¡Sí!, claro. No se pudo reprimir Santiago, sin esperar cual era el compromiso propuesto.

- ¿Qué cosa?, añadió Clara, más reflexiva.

- Como ya estáis de vacaciones, debéis llenar de buenas lecturas el tiempo de ocio, que no significa no hacer nada.

Los ojos de los dos hermanos se abrían como platos, mientras los padres, mirándolos, se sonreían.

- Debéis hacer una buena biblioteca.

- Claro, volvía a interrumpir Santiago, por no quedar atrás en el compromiso, sin saber apenas de que iba la citada biblioteca.

- ¿Tenéis ordenadas las Revistas de Pelayos? Porque ahí hay vidas de reyes y reinas, de guerreros y santas, batallas y conquistas, anécdotas y aventuras; así que quedamos en que las pondréis por orden en un estante para leerlas mejor.

- ¡Sí!, seguía repitiendo Santiago.

- Mamá, ¿puedo traer a mis amigas y leerlas juntas? Es que sus padres no se la compran y se la pierden.

- Claro, hija mía, pero después hay que recogerlo todo entre todas.

- ¡Yo también!, continuó Santiago. No se quería quedar atrás.

- Sí, pero como buenos Pelayos, apostilló D. Ignacio.

Era tanta la emoción porque volviera que no se despidieron de D. Ignacio, corriendo a su cuarto para organizar Pelayos.

Jarrón no sabía muy bien a donde ir: si ordenar, seguir de guardia en la puerta o lamerse el chichón de la cabeza que le había salido.

- ¿No os despedís a D. Ignacio?, exclamó con voz seria su padre.

Y así como se fueron, volvieron corriendo a darle un fuerte abrazo de despedida.

Madre de La Hispanidad

Nuestra Señora de la Presentación del Quinche

Cincuenta años después del inicio de la conquista en tierras de lo que hoy es Ecuador, los indígenas de Lumbisí, un pequeño caserío que pertenecía al pueblo de Cumbayá, desearon tener una copia exacta de la Virgen de Guápulo, la cual se veneraba alrededor de 1586. Diego de Robles hizo entonces la imagen con madera de cedro, pero los Lumbisí no pudieron pagarle el precio convenido al no reunirlo, y éste la llevó a los indígenas oyacachis al enterarse de que estos se interesaban en una imagen quienes le pagaron con tablones de fino de cedro que el escultor necesitaba para sus trabajos. Escogieron la hendidura de un peñasco de la cordillera y allí fue colocada la Virgen. Aquel nicho fue el primer santuario que tuvo la Virgen

del Quinche. Los indígenas, vistieron la imagen según la costumbre española.

Apenas la efigie ocupó el lugar, bandadas de cantoras avecillas revoloteaban constantemente en torno a ella alegrando todo el lugar con sus trinos. Y cuando al descender la noche se retiraban los pajarillos, un resplandor hermoso circundaba la imagen de María.

Don Diego de Robles regresó un día a Oyacachi, los indígenas se regocijaron y le pidieron que se quedara unos días entre ellos, para construir en madera un altar para la Santísima Virgen, el artista se negó y emprendió el viaje de regreso a Quito, en un momento, al pasar por el puente de un caudaloso río, el caballo dio un salto y lo lanzó fuera de la silla, Robles iba a caer en lo más hondo de las aguas, de pronto, uno de sus pies se enredó entre los maderos del puente, y al verse a punto de perecer,

clamó a la Virgen de Oyacachi; en ese instante atravesaban el puente dos caminantes que, movidos por piedad y compasión, se acercaron al desventurado y le sacaron del peligro; cuando el artista quiso darles las gracias, ellos ya habían desaparecido. El escultor comprendió que fue una gracia del Cielo. Por eso decidió volver a Oyacachi y allí construyó el altar de la Virgen.

Pronto la Virgen de Oyacachi llegó a ser famosa en toda la comarca. Numerosas romerías de los pueblos vecinos comenzaron a frecuentar este sitio, antes desconocido. Por este motivo se vieron en la necesidad de construir una capilla o una pequeña iglesia para colocar en ella la imagen de la Virgen. Entonces comenzaron otros prodigios que comprobaban el deseo de la Virgen que se erigiese un santuario.

Más tarde el sabor popular enriquecerá los hechos con la leyenda de que la Virgen se les había aparecido antes a los indígenas del lugar en una cueva prometiendo librarlos de los peligrosos osos que devoraban a los niños. Los numerosos milagros que comenzaron a atribuírsele aumentaron sus fieles en toda la región. Cuenta la leyenda en torno a la imagen de la Virgen, que muchas veces vieron vacío el pedestal en la roca

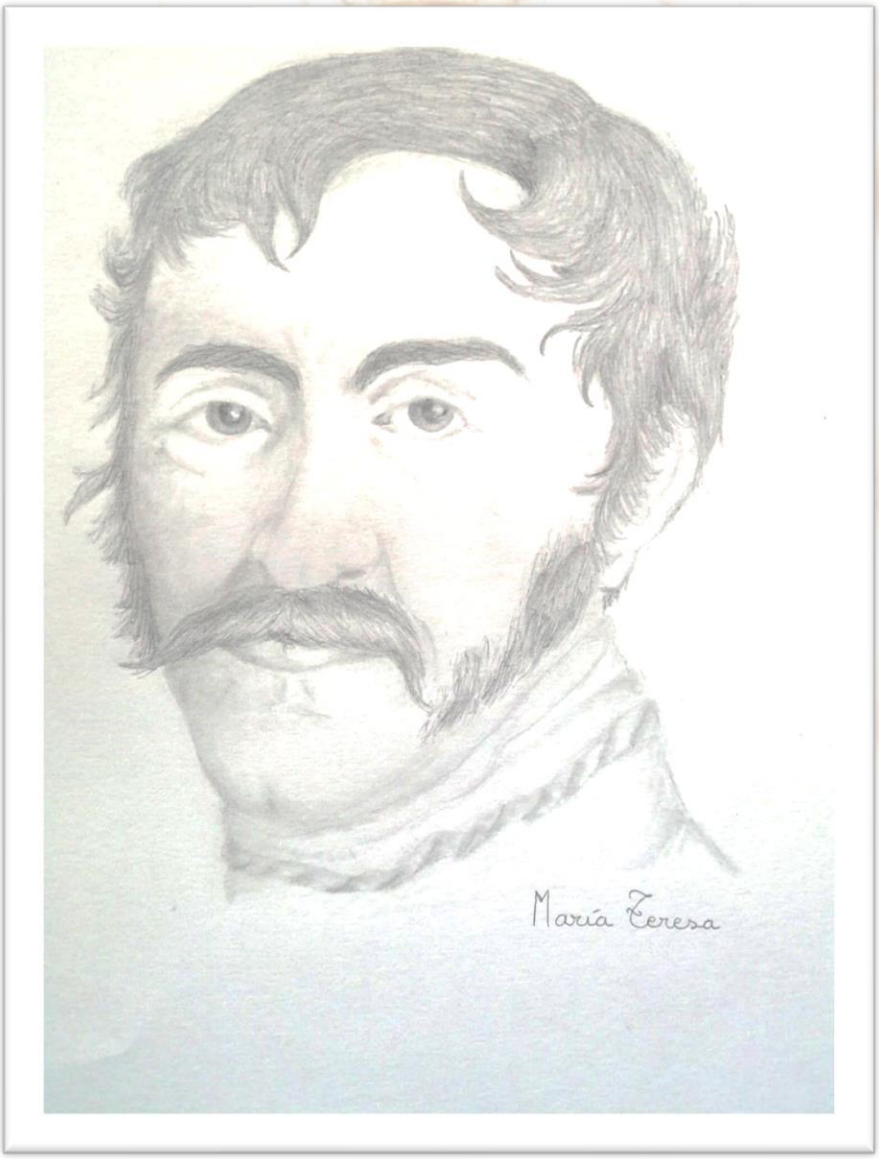
porque ella iba a socorrer a los enfermos, y al otro día se le volvía a ver en su lugar con los pies enlodados.

Quince años permaneció la imagen al cuidado de los indígenas hasta que en 1604, el obispo del lugar ordenó su traslado al poblado del Quinche, de donde finalmente tomó su nombre. Fue puesta en la iglesia parroquial, sin embargo, pronto tuvieron que pensar en la construcción de un templo más grande. En 1630 la sagrada imagen fue colocada en un nuevo santuario donde permaneció sin contratiempo por 200 años. Con el terremoto de 1869 el templo quedó en terribles condiciones pero quedó en perfecto estado la imagen de la Virgen. El templo hubo de ser reconstruido.

La última construcción del templo se remonta al año de 1905 y su consagración al año 1928. La imagen fue coronada canónicamente en 1943 y su fiesta se celebra el 21 de noviembre. En 1985, Roma declaró al Quinche Santuario Nacional del Ecuador.

Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

D. Carlos de Borbón y de Borbón (S.M.C. Carlos V)



Hijo segundo del Rey Don Carlos IV nació Don Carlos María Isidro de Borbón y Borbón en el Real Palacio de Madrid el 28 de marzo de 1788, siendo padrino suyo de bautismo su abuelo el Rey Don Carlos III.

Vigilaron su educación el Duque de la Roca y el Marqués de Santa Cruz; fueron sus profesores el célebre padre escolapio Felipe Scío y el Coronel Maturana, y desde niño se distinguió por su aplicación, moralidad ejemplar, caridad evangélica y rectitud cristiana. Fruto de esa educación sería el futuro desarrollo de la personalidad de don Carlos: profundamente católico, imbuido de un sentido providencial de la Monarquía, de sus obligaciones como Infante de España y de sus derechos dinásticos. Asimismo, las consecuencias de la Revolución francesa de 1789 le hicieron contrarrevolucionario y enemigo de todo aquello que, como el liberalismo, tuviera alguna conexión con ese hecho que provocó desastres militares, ataques a la Iglesia e invasiones extranjeras en nuestra nación.

Prisionero de Napoleón (como toda la Familia Real) fue don Carlos el único que no consintió en suscribir la renuncia de los derechos a la corona de España; al concluir la Guerra de la Independencia volvió a Madrid con su hermano D. Fernando VII, quien el día 14 de junio de 1814 le nombró Coronel de la Brigada de Carabineros, y dos meses después le agració con el nombramiento de Capitán General y Generalísimo del Ejército.

En 1816 contrajo matrimonio con la Infanta de Portugal Doña María Francisca de Braganza con la cual tuvo tres hijos varones: Carlos, Fernando y Juan, asegurando la sucesión al Trono ante la ausencia de herederos directos del rey Don Fernando VII.

Durante la desastrosa época del Trienio Liberal (1820-1823), años en los que los revolucionarios y los enemigos del Altar y el Trono lograron imponer de nuevo la fatídica Constitución liberal de 1812 mediante un golpe de Estado militar, Don Carlos se destacó en la defensa de la Tradición española, convirtiéndose ya desde aquella época como en la encarnación viva de las ideas tradicionalistas, especialmente por su fe religiosa. Varios partidarios suyos le propusieron en 1833 realizar en el mismo Madrid un pronunciamiento militar para proclamarle Regente del Reino durante la última enfermedad de Fernando VII; pero Don Carlos, que no quería autorizar

ningún acto político a favor suyo mientras viviera su hermano el Rey, se opuso terminantemente a ello, y el gobierno de Doña María Cristina de Borbón (quien regía los destinos de la nación por el mal estado de salud de su esposo el Rey Fernando VII), le desterró a Portugal en unión de su esposa, de sus hijos, de su hermana política la Princesa de Beira y del Infante Don Sebastián Gabriel, cuyos augustos señores salieron de Madrid el 16 de Marzo de 1833, llegando a Lisboa quince días después.

Al morir Don Fernando VII el 29 de septiembre de aquel año de 1833, Don Carlos se proclamó sucesor legítimo, pero el Gobierno de Madrid sólo reconoció la sucesión de su sobrina Isabel II. Le aclamaron por Rey, con la denominación de Carlos V, muchos elementos civiles y militares en distintos puntos de España, y empezó la memorable guerra civil de los siete años, más conocida como Primera Guerra Carlista.

Por aquellos años el vecino reino de Portugal, donde se había exiliado Don Carlos, ardía en una guerra civil muy semejante a la que estaba a punto de iniciarse en España, entre realistas y liberales, que terminó con la derrota de las tropas realistas y del Rey Don Miguel I de Braganza que tuvo que salir del país, dejando sin protección a Don Carlos y su familia. El 31 de mayo de 1834 el pretendiente carlista y su séquito embarcaron en el navío inglés Donegal con rumbo a Inglaterra, desembarcó el 18 de junio en Portsmouth y el día primero del mes siguiente, acompañado de su ayudante de Campo el Brigadier Barón de los Valles, partió de incognito para España, en donde entró por la villa navarra de Urdax el día 12 de julio, siendo recibido por el entonces Brigadier D. Miguel Gómez, Jefe de Estado Mayor del General Zumalacárregui, cuyo ínclito caudillo se le presentó aquella misma noche en Elizondo, y el 15 revistó por primera vez Don Carlos las tropas carlistas (tres batallones navarros, uno alavés y otro guipuzcoano) entre Irurita y Beunza, al inmediato mando de los cuales estaba el General Eraso.

Don Carlos no limitó sus cuidados a las atenciones militares propias de la guerra, durante la cual llegó a tener sobre las armas unos 70.000 hombres (entre sus tres ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro) sino que procuró organizar política y civilmente el país dominado por sus tropas, ejerciendo en él todas las funciones propias

de la soberanía real. Restableció en la Real y Pontificia Universidad de Oñate los estudios de secundaria y facultades superiores; creó juzgados y un Tribunal Superior de Justicia; organizó cuatro ministerios o secretarías de Estado y Despacho de Guerra, Gracia y Justicia, Hacienda y Negocios Extranjeros, un Consejo General de Negocios del Reino, una Junta Superior Consultiva de Guerra y otra Junta Superior Gubernativa de Medicina y Cirugía; cedió el Real Seminario de Vergara a la Compañía de Jesús para la formación de sus religiosos y sacerdotes, acuñó moneda y tuvo, en fin, representantes diplomáticos en las cortes de Austria, Rusia, Prusia, Estados Pontificios, Nápoles y Cerdeña.

En los siete años de campaña, las armas carlistas pasearon las banderas de Dios, Patria y Rey desde el Atlántico y la frontera de Portugal hasta el Mediterráneo y desde el Cantábrico y la frontera francesa hasta Gibraltar, al amparo de cuyos cañones ingleses hubo de acogerse el Comandante General liberal de la serranía de Ronda, a la llegada del General carlista D. Miguel Gómez y Damas.

Las tropas carlistas vencieron en múltiples acciones de guerra y en batallas memorables, levantando partidas carlistas por toda España con expediciones militares brillantes que culminaron en la definitiva Expedición Real de 1837 encabezada por el mismísimo Rey Don Carlos en persona. El pretendiente se presentó ante las mismas puertas de Madrid con su ejército, con la esperanza de que la reina regente, Doña María Cristina de Borbón, le reconociera como soberano, bastante asustada por la revolución liberal exaltada de ese año. Pero los traidores que tenían secuestrado el Gobierno y todos los resortes del poder, hicieron fracasar el plan y la expedición tuvo que replegarse cuando la villa de Madrid ya se preparaba para la entrada triunfal de Don Carlos y su familia al frente de sus tropas.

Pero a pesar de tanta gloria militar alcanzada (no sólo contra tropas isabelinas, sino que también contra la intervención armada de Inglaterra, Francia y Portugal), las negociaciones secretas del general Maroto llevaron a las tropas carlistas del norte a la rendición ante las isabelinas a través del funesto convenio de Vergara, obligando a la Familia Real legitimista a emigrar a Francia el día 14 de septiembre de 1839, seguidos por más de 10.000 leales que por distintos puntos cruzaron la frontera.

Poco antes, en julio de aquel mismo año, el Gobierno de Holanda había ofrecido a Don Carlos 24 millones de pesos fuertes si permitía establecer en Filipinas una factoría holandesa. Con aquellos millones habría podido Don Carlos dar gran impulso a las operaciones de sus tropas, pero la rectitud de su conciencia le impidió aceptar unos tratos como aquellos, que le parecieron poco patrióticos, prefiriendo vivir en la desgracia, alejado para siempre del Trono y de la Patria.

Don Luis Felipe de Orleans, Rey de los franceses, liberal y aliado del régimen isabelino español, recluyó a Don Carlos en Bourges, donde se vio custodiado y espiado constantemente por el Gobierno francés, pero rodeado de las respetuosas atenciones del clero (cuyo digno Arzobispo le rindió siempre honores reales) y del pueblo, al que edificaba con sus virtudes, sus prácticas de devoción y sus limosnas y cuidados para con los pobres, sin olvidarse tampoco de los leales carlistas que con él compartían las amarguras del destierro.

El día 18 de mayo de 1845 tomó el título de conde de Molina al abdicar en favor de su primogénito D. Carlos Luis de Borbón y de Braganza, quien adoptó el título de conde Montemolín. Dos meses más tarde pasó D. Carlos María Isidro de Borbón a Italia, y fijó luego su residencia en Trieste, en donde, después de recibir a petición suya todos los auxilios espirituales, falleció el día 10 de marzo de 1855, en brazos de su segunda esposa la Princesa de Beira y de su hijo menor el Infante Don Fernando. Su cadáver, embalsamado y vestido con el uniforme de Capitán General y las insignias del Toisón de Oro y de las grandes cruces de Carlos III y San Hermenegildo, fue expuesto al público en el salón principal de su palacio (convertido en capilla ardiente) velando día y noche el cadáver los gentiles hombres Villavicencio, Guillén, Teijeiro y Flores, de uniforme, y una guardia de honor de granaderos austriacos.

Acudieron a Trieste D. Carlos Luis de Borbón (Conde de Montemolín) con el Infante D. Sebastián Gabriel, D. Juan de Borbón con el Gentil-hombre Sacanell, y el abanderado del legitimismo francés D. Enrique de Borbón, Conde de Chambord, con el Conde de Levis.

El día 16 de marzo de 1855 fue enterrado don Carlos María Isidro de Borbón en la catedral de Trieste, después de solemnes funerales celebrados por el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, presididos por el Conde de Chambord, y tributando la guarnición honores regios

al cadáver, que fue escoltado por la Marina Imperial, por el Regimiento de Infantería de Hohenlohe y un Escuadrón de gendarmes.

****

D. Carlos María Isidro de Borbón estuvo casado dos veces, la primera con Dª. María Francisca de Asís de Braganza y la segunda con la Princesa de Beira.

Dª. María Francisca de Asís de Braganza, hija de D. Juan VI, Rey de Portugal, del Brasil y de los Algarbes, nació en el Palacio Real de Lisboa el día 22 de abril de 1800; en 1807 pasó al Brasil con su augusta familia, a causa de la invasión del reino lusitano por las huestes de Napoleón.

Desde niña fue hermosa, instruida, perspicaz y de instintos nobles y generosos. A principios de 1816, su mano y la de su augusta hermana Dª María Isabel fueron solicitadas a la par por el Infante D. Carlos y su hermano Fernando VII; por mediación del Grande de España y General de los Franciscanos D. Fray Cirilo A. de Brea, se firmaron los contratos matrimoniales en Rio de Janeiro el día 22 de febrero de 1816, y el 4 de septiembre de aquel mismo año arribaron felizmente ambas princesas al puerto de Cádiz. Entre festejos y regocijos llegaron a Aranjuez, donde descansaron, y de allí se trasladaron a la Corte, efectuándose los enlaces con extraordinaria pompa y gran regocijo del pueblo el 28 de septiembre, y al día siguiente las velaciones en la Iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.

Buena esposa y cariñosa madre, desplegó una solicitud y un celo verdaderamente ejemplares en la educación y crianza de sus augustos hijos; sin quererlos confiar a manos mercenarias u oficiosas, se encargó ella misma de dirigir sus primeros pasos en el escabroso sendero del mundo, y de empapar sus almas en principios rectos, sanos y sublimes, sin que las tribulaciones ni las conmociones que se revelaron repetidas veces contra la tranquilidad de su vida bastaran a arrancarle propósito tan noble.

Identificadas con las ideas y los sentimientos tradicionalistas tanto ella como su augusta hermana la Princesa de Beira, ambas

prestaron grandes alientos a sus partidarios, y durante su emigración en Portugal se mostraron las dos fuertes y animosas en medio de sus vicisitudes, en aquella vida errante, fugitiva, sufriendo toda clase de privaciones, todo género de padecimientos.

Cuando ya en Inglaterra supo Dª María Francisca de Braganza que los carlistas que se batían en España consideraban conveniente que D. Carlos M.ª Isidro de Borbón acudiese al teatro de la guerra, ella decidió acto seguido que la marcha se efectuase sin demora alguna, aunque sus padecimientos físicos y morales la hacían temer que su separación de su augusto esposo sería ya eterna. En efecto, el 28 de agosto de aquel mismo año de 1834 falleció santamente Dª María Francisca, en los brazos de su hermana la Princesa de Beira, encargándola que fuese como segunda madre para sus hijos.

Sus funerales se celebraron pocos días después en la capilla católica de Gosport, y sus restos mortales fueron trasladados medio siglo más tarde a la Catedral de Trieste.

Dª. María Teresa de Braganza

Dª María Teresa de Braganza, Princesa de Beira, (segunda esposa de Carlos M.ª Isidro de Borbón y hermana de la anterior) era viuda del Infante de España D. Pedro de Borbón, y madre del Infante D. Sebastián Gabriel.

Había nacido en el Palacio Real de Lisboa el día 29 de abril de 1793.

Desde el año siguiente del fallecimiento de doña María Francisca vivía en Salzburgo consagrada al cuidado y educación de sus sobrinos D. Carlos Luis, D. Juan y D. Fernando de Borbón, acompañada de su hija política la Infanta Dª Amelia, cuyo esposo, el Infante D. Sebastián, militaba en el Ejército carlista del Norte, del cual llegó a ser General en Jefe.

El matrimonio de D. Carlos con la Princesa de Beira tuvo lugar en Salzburgo el día 2 de febrero de 1838, por poderes que dio D. Carlos a su Gentilhombre Marqués de Obando; habiendo llegado Doña María Teresa a España el 17 de octubre de aquel mismo año se ratificó solemnemente el matrimonio en Azpeitia tres días después, revistiéndose dicho acto de todo el aparato regio que permitía la vida de campaña; celebró la sagrada ceremonia el Obispo de León D. Joaquín Abarca, Delegado Apostólico, con asistencia del Príncipe D. Carlos Luis de Borbón, del Infante Don Sebastián, y de otras celebres personalidades civiles y militares. Cubrieron la carrera y dieron escolta a los augustos esposos el Batallón 5º de la División de Álava, los guardias de honor de Infantería y Caballería, y los caballeros oficiales de la escolta del estandarte de la Generalísima del Ejercito carlista, la Virgen de los Dolores.

Dª María Teresa de Braganza no se separó ya nunca de D. Carlos; contribuyó en muchas ocasiones con su buen tacto y claro talento a solucionar satisfactoriamente bastantes conflictos; teniendo mucho que agradecer los carlistas a aquella egregia señora que tan altas prendas atesoraba. En 1864 publicó su célebre *Carta a los españoles*, documento notable que prueba su talento y su ilustración, a la par que su carácter decidido. En él se aclamó por primera vez al augusto proscrito por quien tantos millares de bravos se batieron más tarde al grito de ¡Viva Carlos VII! a quien entregó solemnemente Dª María Teresa de Braganza el Estandarte de la Generalísima, la Virgen de los Dolores, que, bordado por la primera esposa de D. Carlos M.ª

Isidro de Borbón, llevó aquel augusto señor para siempre consigo en la guerra de los siete años, al final de la cual pudo salvarlo casi milagrosamente Dª María Teresa, guardándolo después como depósito, durante 25 años.

Dª María Teresa de Braganza de Borbón falleció santamente el día 17 de enero de 1874 en Trieste, en cuya santa Iglesia Catedral fue enterrada, aunque no con tanta solemnidad como su augusto esposo.

¡Sabías qué?

Bandera pirata

Aunque parece una bandera salida de uno de esos barcos corsarios que se ven el cine, en realidad, es la bandera del general carlista Ramón Cabrera y Griñó.

Fue expulsado del convento de Tortosa en el que lo había internado su familia, y se incorporó a las filas carlistas, que, tras la muerte de Fernando VII, Cabrera se ofreció como voluntario carlista en la localidad de Morella, que era parte de uno de los tres núcleos básicos del carlismo en esos años, formado por el Maestrazgo, el Norte de Valencia y el Bajo Aragón, junto con el País Vasco y parte de Navarra y el área catalana alrededor de Solsona y Berga.

En 1835 Cabrera fue nombrado comandante militar interino del Bajo Aragón, aplicando con dureza su autoridad. Mandó fusilar a dos alcaldes por prestar ayuda al enemigo, y, como represalia, los liberales fusilaron a su madre, retenida como rehén en Tortosa desde hacía meses, creándose una espiral de violencia que incrementó la crueldad en ambos bandos. A raíz de

estos hechos a Cabrera se le dio el sobrenombre de *"El tigre del Maestrazgo"*.

En 1838 tomamos Morella y establecimos en ella su capital. Al año siguiente el general carlista Maroto y Espartero, jefe del ejército liberal, firmaron el traicionero Convenio de Vergara, que ponía fin a la guerra en el Norte de España. Pero Cabrera rechazó de plano la paz y optó por seguir combatiendo.

En el catálogo del Museo de Artillería de 1856 ya se incluía la *"bandera tomada en el castillo de la plaza de Morella el día 30 de mayo de 1840 por el Excmo. Sr. Don Baldomero Espartero, Duque de la Victoria, a las tropas del Pretendiente Don Carlos María Isidro de Borbón, mandadas por su general Don Ramón Cabrera."* Según se indica en el catálogo, *"el haber tenido constantemente enarbolada esta bandera fue una de las causas que impidieron al Duque de la Victoria aceptar la capitulación propuesta (...) por el gobernador interino de Morella Don Leandro Castilla."*

La bandera se colocó sobre los muros del castillo, como había ocurrido antes con otras de nuestras fortificaciones, en señal de guerra a muerte. La iconografía de las dos tibias cruzadas bajo una calavera tiene su origen en los caballeros de la Orden de Malta, quienes la incorporaban a sus sepulcros, inspirados por un uso común en Tierra Santa. Recordemos que en las representaciones de la crucifixión de Cristo suele aparecer bajo la cruz una calavera, ya que Nuestro Señor Jesucristo fue crucificado en un lugar llamado Gólgota, el lugar de la calavera.

Al ser expulsados de los Santos Lugares por los turcos, los caballeros de la Orden de Malta se establecieron en las islas de

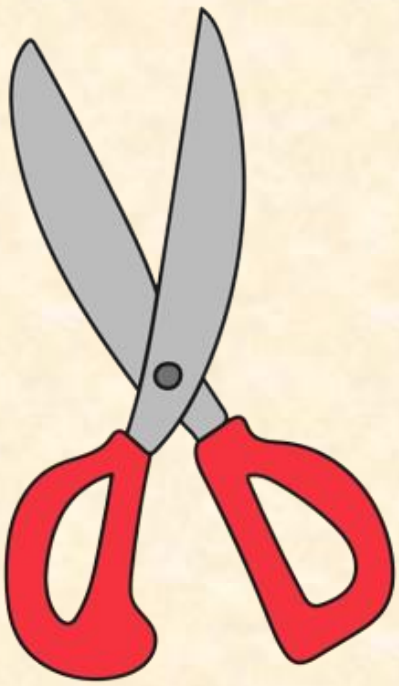
Rodas y de Malta, sosteniendo luchas navales contra los corsarios, en las que pudieron enarbolar banderas con este símbolo, dando lugar a su difusión y originando así la bandera pirata.

En el caso de nuestra enseña, a la calavera y las tibias se unen un sable y una esquemática palma, símbolo del martirio, resumiendo el sacrosanto trilema: "*Dios, Patria, Rey*".

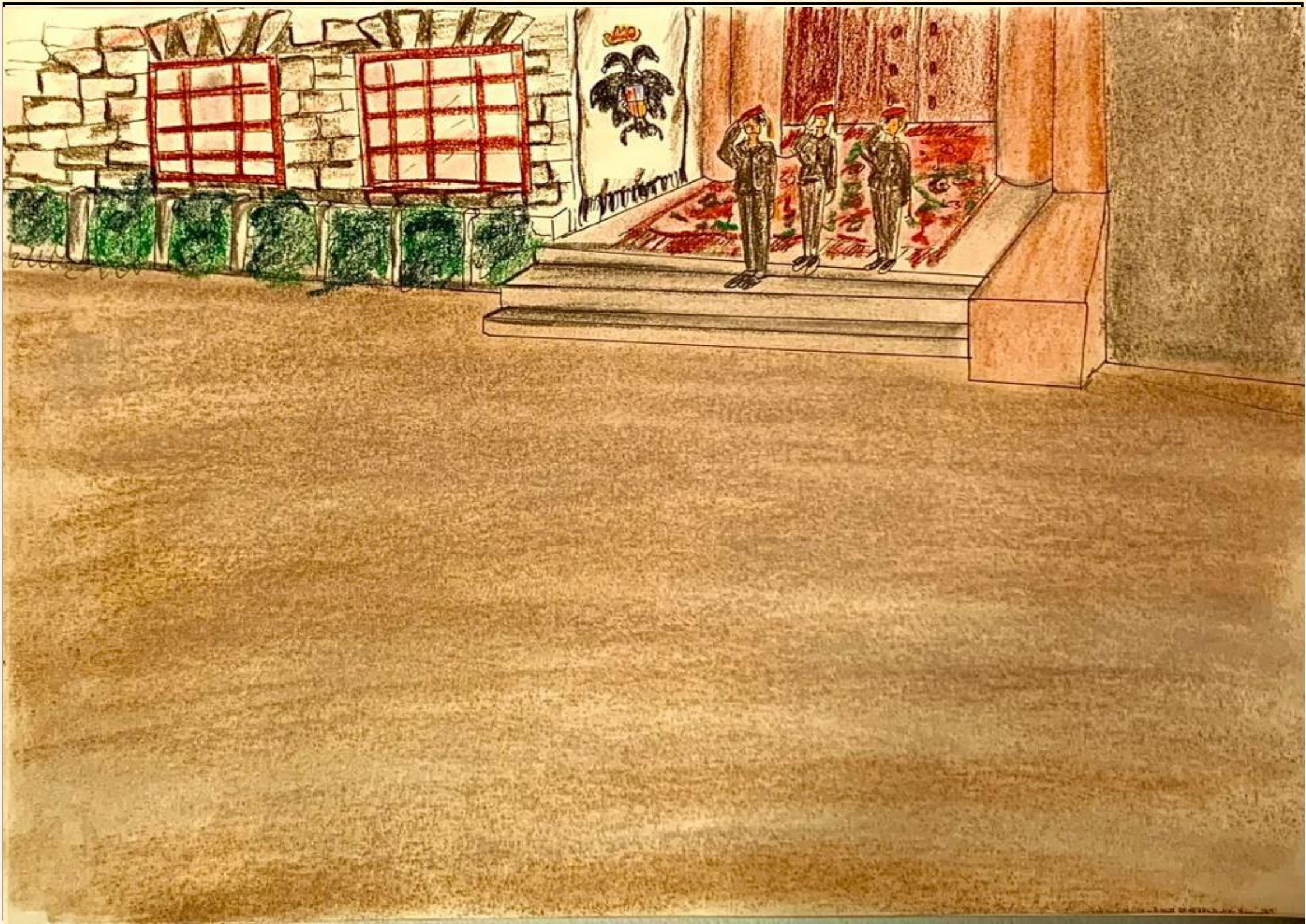
Carga del general Cabrera para romper el cerco de la ciudad de Morella (Augusto Ferrer Dalmau)

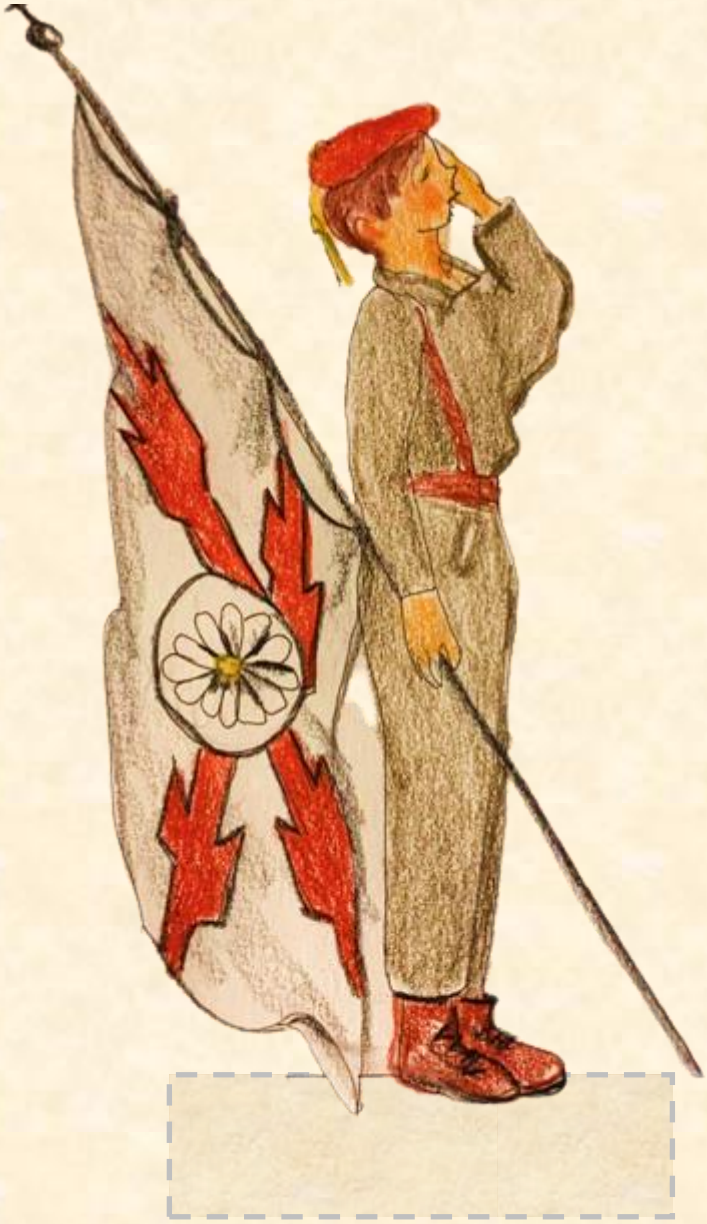
Desfile de Sección de Pelayos y Margaritas ante el Rey Enrique V

RECORTABLE



SAR DON SIXTO DE BORBÓN





Colaboraciones

DE COLEGIOS Y EXÁMENES

En el viejo edificio gótico que albergaba la elegante *Harrow School* londinense, refalaba el sol del mediodía sobre sus paredes invadidas por el musgo. Sus jardines, geométricamente ordenados, desafiaban al caminante a encontrar una sola brizna de césped fuera de su sitio. Un penetrante olor a madera encerada acompañaba al profesor en su camino hacia la oficina del director. Sin duda, este colegio disfrutaba de un enorme prestigio. Lo más selecto de la élite británica enviaba allí a sus vástagos, a los que se sumaban los descendientes de las más variopintas personalidades del mundo. Todo jeques árabe que se precie, todo rey constitucional con intenciones de mantenerse en el trono, todo banquero deseoso de mantener y acrecentar su cartera de clientes enviaba a sus hijos a las aulas señoriales y victorianas de ese edificio.

En ocasiones, se inscribían como alumnos insólitos. Tal era el caso de quien había motivado la llamada del director. Un tal Arrieta. Se trata de un muchacho argentino, sobrino de un jugador de polo brillante, al que, por razones que aún desconocía, habían inscrito en la escuela para que finalizase su bachillerato. No hay duda de que los contactos hechos por el "patrón" de su tío habían influido, pues no podía prescindir de los servicios del joven Arrieta, a pesar de que el expediente del muchacho indicaba que provenía de un colegio innominado de las afueras de Buenos Aires, que era tan antagónico a lo que Harrow School representaba como nos queramos imaginar.

El profesor O'Neill sabía muy bien lo que le iba a preguntar el Dr. Hughes, y todavía no tenía ni idea de lo que le iba a responder. De hecho, ni el mismo O'Neill lo sabía. El director se quitó sus gafas, se pasó la mano por la cara y la frente, y dando un suspiro, exclamó:

— O'Neill, es usted incomprensible, no puedo entender por qué le ha puesto un 10 al estudiante Arrieta, teniendo en cuenta que sus respuestas no coinciden con las de sus 27 compañeros, a los que, por cierto, usted también ha aprobado —Hughes acomodó

las patillas de sus gafas y prosiguió— ¿por qué hace esto, O'Neill? ¿No se da cuenta de que la jefatura de estudios se plantea despedirlo?

—Lo imaginaba, Dr., y créame que lo encuentro razonable.

—¡Vaya! —replicó Hughes— no deja de ser esperanzador que conozca el significado de la palabra "razonable". Mire, le soy sincero, tengo poder para paralizar el despido y que lo sucedido se olvide. ¿Exigirá a Arrieta que conteste como Dios manda y entonces usted me envía su examen de nuevo?

—Mire usted Dr.—respondió O'Neill tratando de imaginar la cara que iba a poner su esposa cuando le dijera que lo habían despedido— A los otros 27 alumnos los aprobé porque dieron las respuestas que se han enseñado en esta institución desde hace 4 siglos, en cambio, a Arrieta le he dado un sobresaliente por mi condición de católico irlandés. Las respuestas de sus compañeros eran las esperadas por el colegio, y debía aprobarlos. Las de él, en cambio, eran verdades como puños que ni usted ni yo ignoramos. Y eso significa calificarlo con un 10, aunque signifique mi despido.

Lo que había hecho Javier Arrieta era lo que habría escrito cualquier argentino —y por argentino, hispano— que se precie, respondiendo unas preguntas, no del modo tergiversado de la cantinela políticamente correcta, sino como los hechos sucedieron en realidad; máxime cuando suponía un ejercicio de piedad patriótica.

De este modo, por ejemplo, a la pregunta ¿quién fue el almirante, genial estratega, que llevó a sus soldados a la victoria a pesar de carecer de una mano para combatir?, él contestó con sencillez, "Blas de Lezo, en Cartagena de Indias". Sus compañeros, naturalmente, habían respondido en bloque "Nelson en Trafalgar".

El examen había continuado en esa línea ¿por quién llevan luto en sus uniformes la *Royal Navy* y todas las armadas del mundo al inspirarse en su glorioso uniforme? "Por el mismo Nelson" habían concluido los 27 alumnos. "Por Nelson —escribió Arrieta— aunque la mayoría desgraciadamente ignora que los hermanos Pinzón, D. Álvaro de Bazán, D. Juan de Austria, Blas de Lezo, Orellana, Elcano, Balboa, Solís, Liniers y Brown son mucho más dignos de ese homenaje, pero son muchas las veces que la impiedad condena al olvido a hombres mucho más grandes que aquellos a quienes alabamos. Tan solo porque eran nuestros abuelos". A la siguiente pregunta ¿cuál fue el siglo en el que la armada británica sólo cosechó victorias por los mares del mundo?, respondiendo todos a coro "el siglo XIX". Ahí habría quedado si Javier no hubiera

aclarado que "sería sin duda el XIX si no existiera la excepción de las dos invasiones a Buenos Aires en las que se desagravió el pabellón argentino con salva de 21 cañonazos en el río Paraná". A la cuestión de sobre qué bases construyó Reino Unido el mayor imperio, en extensión, de la historia, la abrumadora mayoría de estudiantes contestó dócilmente "Reino Unido, gracias a una predestinación divina, civilizó y aunó políticamente diversos pueblos de la tierra, fundando su derecho en las libertades individuales, de credo y de comercio" … más alguna cursilada ideológica parecida. Por su parte, Javier Arrieta puntualizó: "Gran Bretaña construyó un vastísimo imperio de 33 millones de Km2, sólo superado en extensión por el imperio español, si bien ambos contenían amplias zonas inexploradas. La diferencia radica en que Gran Bretaña actuó a partir de una ruptura de la Cristiandad, imbuida de espíritu calvinista, vinculando la salvación del alma al éxito económico. Gran Bretaña también redujo a la esclavitud a todos aquellos que no aceptaban su condición de siervos considerándolos "no predestinados". De esa manera se esclavizó —o eliminó— a casi todos los católicos irlandeses e incluso ingleses y escoceses que perseveraban en la Fe católica. Por otra parte, en los grandes territorios conquistados imponían su ley de "libre comercio", amparados por la burguesía local, a la que cubrían de oro, insinuándoles que ellos eran parte de la élite destinada al Cielo. Esta premisa fue apuntalada por un enorme poder (…) los primeros puntales del imperio británico fueron Hawkins, Drake, Raleigh y Morgan. Quienes recibieron en el poder real el honroso título de Lord, a pesar de no ser más que vulgares piratas".

O'Neill sintió que ascendía hacia su cara una oleada incontenible de hilaridad. Temiendo complicar aún más las cosas, lo evitó llevando la mano a la frente y bajando su palma fría por los pómulos, obligando a sus músculos a conservar su disciplina gestual.

Hughes tamborileó alternativamente con los dedos de su mano izquierda y mordiendo su labio inferior inquirió a O'Neill:

—¿Usted imagina que haya padres que paguen 30.000 libras esterlinas para que acabemos enseñando a sus hijos tales disparates?

—Dr., ese joven se ha incorporado hace sólo unos meses, esto que responde sin duda lo ha aprendido en su colegio anterior o en su casa. Entiendo que no está en consonancia con lo que se enseña en Harrow. No obstante, es difícil refutar sus respuestas, si nos atenemos a la historia. Aun así, estoy perplejo.

—¿Perplejo? Lo que está usted es loco, O'Neill. Hay más respuestas de su argentino insolente, mire, mire. En la quinta pregunta se lee "¿quién fue el mayor y providencial hombre que envió Dios para reformar la Iglesia y depurarla de vicios y pecados?". Escuche la respuesta: "el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, mano derecha de la inigualable Isabel de Castilla; hombre de extraordinaria capacidad intelectual y política, comprendió la necesidad de reordenar las órdenes religiosas, para devolver a la Iglesia su vida de virtud, que estaba contaminada por vicios de orden moral y económico. Cisneros era consciente de que no se podía "tirar el niño con el agua sucia" y buscó en todo momento devolver a la Iglesia su faz más Santa y Apostólica. Así bajo sus directrices iniciales concretó la obra más grande realizada por el hombre, que fue la conquista y evangelización de un continente. A su obra de reforma se sumaron luego personas de la talla de Francisco de Vitoria, Suárez… y cristalizó en el Concilio de Trento con la aportación del Padre Laínez. Claro que esto fue posible porque Cisneros había cuidado a sus reinos con el tribunal de la Santa Inquisición. Pero no acaba aquí, la sexta pregunta interroga "¿quién era Lutero?" Y no se pierda la respuesta: "el señor Lutero era hasta hace no mucho alguien que desempeñaba la profesión dedicada a fabricar artículos de luto, ya fueran sobres y papeles para cartas con un listón negro en su borde, y también esquelas y recordatorios. Desgraciadamente su prosperidad dependía de la muerte de sus vecinos. Hubo uno muy famoso, llamado Martín, al que creo que se le fue la mano, y cubrió de luto la Cristiandad entera". —¿Se da cuenta, O'Neill? Es escandaloso.

—Tiene razón director. Las dos veces escribe Lutero con minúscula. (…)

Corrigiendo sus lentes, Hughes continuó leyendo:

—Séptima pregunta, "¿dónde se encuentra Gran Bretaña?" —Arrieta demuestra estar en Babia con su respuesta—, escuche: "La Bretaña auténtica se encuentra en las legiones británicas que acompañaron a Julio César, en el Rey Arturo y sus caballeros de la tabla redonda, en Ricardo Corazón de León. En Shakespeare, Santo Tomás Moro, Tolkien, Benson y Chesterton. Allí se refugió la Inglaterra valiosa. La pequeña, bastarda y cursi es la hija del regicida Cromwell. Y de Calvino. Yo creo que hubiera sido bueno cambiarle el nombre, pero es algo que ha pasado, al final en todas las naciones de la Cristiandad, así que no los culpo. —Este muchacho desvaría—siguió quejándose Hughes—.

—Tiene razón, Director. La pregunta en verdad versaba sobre geografía.

—Escuche la octava O'Neill: "¿podrías en un par de líneas describir a la gran Reina Isabel?". La respuesta general ha sido "Nuestra querida Reina Isabel I nació en Londres en 1926 y ocupó el trono desde febrero de 1952 hasta el pasado 8 de septiembre, fecha en que, después de 70 años de solicitud y dedicación a su pueblo, murió en el castillo escocés de Balmoral". En cambio, se pierda la respuesta de Arrieta: "La magnífica Reina Isabel nació en la villa de Madrigal de las Altas Torres en abril de 1451. Se casó con Fernando, príncipe heredero del reino de Aragón, siendo ella la princesa heredera de Castilla. Ambos subieron al trono de sus respectivos reinos, y juntos lograron el gran sueño de poner fin a casi 8 siglos de presencia mahometana en la Península Ibérica cuando el 2 de enero de 1492 conquistaron Granada. Propiciaron la unidad de todos los reinos ibéricos y con el Cardenal Cisneros llevó adelante la reforma del clero. Escuchó a Cristóbal Colón y financió el viaje en que se descubriría América, punto de partida de la Hispanidad. En su testamento fue tan piadosa con los habitantes del nuevo mundo, que hizo posible la obra más fecunda de catolicidad que haya realizado el género humano. Murió en olor de santidad el 26 de noviembre de 1504".

—Usted admite, señor O'Neill, la originalidad de estas respuestas, ¿no?

—Sí, señor Director, respondió el irlandés. Son originales —O'Neill no ignoraba que la verdadera originalidad consiste en volver una y otra vez al origen. Ya lo había explicado alguna vez Gaudí).

—Pues preste atención a la novena, "¿con qué frase que contiene tres sustantivos análogos en este caso a sudor, se acompaña siempre la figura de un ilustre jefe militar?". La respuesta disciplinada de los jóvenes de Harrow no se hacía esperar: "Winston Churchill animó a los ingleses a una batalla heroica y necesaria que costaría sangre, sudor y lágrimas". En cambio, mire cómo Arrieta se niega a colaborar en su educación: "el gran poeta español Manuel Machado hace una genial pintura del Cid Campeador. En ella, como si utilizara la pluma de Virgilio escribe '*el ciego sol, la sed y la fatiga, por la terrible estepa castellana, al destierro conduce de los suyos, polvo sudor y hierro, el Cid cabalga.* Es difícil imaginar mayor hidalguía". Y no se para aquí porque el examen tenía más preguntas "¿en qué acontecimiento crucial intervino la Providencia con su mano en los intereses británicos?" La respuesta que enseñamos en Harrow es "en el año 1588 la mano de la Providencia deshizo la *Gran Armada*, que enviaba España hacia las Islas Británicas. Dando comienzo a la época de esplendor del comercio marítimo que nos ha hecho grandes". En cambio, Javier hace gala de una gran falta de seriedad y nos dice que "la pérdida de la Gran Armada, denominada desde las imprentas protestantes del

norte de la Península Itálica como *Armada Invencible* —iniciando la *leyenda negra*— fue un desastre causado por fenómenos naturales y por cierta impericia del duque de Medina Sidonia. En cambio, algunos aseguran que sí intervino la mano de Dios en un momento inolvidable de la historia inglesa, concretamente en el año 1986, en México, en un partido de fútbol contra el equipo argentino en el que había un tal Maradona…"

Echemos ahora el telón para seguir en otro momento con la reacción del pobre Hughes y del valiente O'Neill…

El director Hughes, estaba contrariado. Finalmente, había aceptado la invitación de O'Neill, e iría a un tertulia junto con Arrieta. Con derecho a jubilarse desde hace algunos años, Hughes era un director de colegio absolutamente entregado a su oficio. Todas sus ilusiones e ideales estaban cifrados en la formación de aquellos muchachos llamados a ser dirigentes en cada uno de sus ámbitos. Inflexible, severo e inaccesible, tenía empero la rarísima particularidad de ser hombre de una honestidad intelectual asombrosa. Aplazaba sin consideración a cualquier alumno que respondiera mal un examen por no haber estudiado. Pero era capaz de convocar a una reunión de especialistas en arquitectura, si algún alumno de buena fe, sostenía que el estilo de la abadía de Cluny, no era románico, sino gótico primitivo. El desasosiego lo acompañaba, hasta saber, a ciencia cierta, si aprobaba o corregía. Entonces, como liberándose escribía «la abadía de Cluny, se considera una obra de transición entre el estilo románico y el gótico temprano», sintiendo que, en sus intestinos se desanudaba algo y sonriendo, se acomodaba el saco e insinuaba un levísimo movimiento casi casi como quien se despereza. Sabía que a partir de ese momento se sentiría mejor. Quizá fuera por su misma forma de vivir lo cotidiano, ordenada y metódica, Quizá fuera por fragilidad estomacal y nerviosa, el caso es que todo lo que saliera de sus esquemas, y lo obligara a vivir algún momento de desasosiego, le producía cólicos. Era infalible. Sucedía poco a menudo, pero cuando pasaba, no existía medicina capaz de solucionar sus problemas intestinales. Perdía el sueño y el apetito, hasta tanto pudiera aclarar aquello que lo desestabilizaba. Sus cólicos podían ocurrir por los motivos de lo más trivial, y aunque su puesto de director lo mantenía generalmente alejado de alumnos o profesores díscolos, periódicamente alguno turbaba su rutina.

También podía pasar que el desarreglo surgiera, no en el ámbito laboral, sino doméstico. Como aquella vez que su viejo criado le compró y puso en la maleta cinco camisetas sin manga, como las que usaba desde tiempos juveniles, pero equivocó la elección, y en vez de ser cien por ciento algodón, compró unas que poseían (horror de

horrores) un alto porcentaje de poliéster. El pobre Hughes, en aquel viaje, creyó enloquecer. Todo el cuerpo le picaba como si lo hubieran atacado un batallón de piojos. No podía dormir. Las conferencias que debía dar fueron incomprensibles. Quien las escuchaba, vivía una pesadilla. En algún momento evaluó la posibilidad de ir, él mismo, a comprar camisetas. Pero descartó inmediatamente esta insensatez. Sólo de imaginar pedirle a la muchacha que atendería el comercio «camisetas sin mangas como para él» se ponía colorado. Llegó a pensar que lavándolas mejorarían y lo hizo en el lavabo del hotel, con el pequeño jabón de cortesía que encontró junto a su toalla. Las colgó cerca de la calefacción, en el respaldo de una silla. Montó guardia hasta que estuvieran secas, temeroso de provocar un incendio. Pero no funcionó. Las camisetas le producían picazón igualmente. Intentó usar la camisa de su traje, directamente sobre su pecho, sin camiseta. ¡Imposible! Por más que añadía abrigo externo, no podía quitarse la sensación de frío.

¡Hay que días más largos! Encima, claro está... los cólicos. Porque aquellos desórdenes le producían cólicos.

Y ahora, este Arrieta, que lo había desestabilizado, no con una respuesta trivial y distinta en su examen, sino con un arsenal de teorías destructoras de su edificio histórico. ¡Si pudiera reprobarlo sin más pruritos! Tenía técnicamente la posibilidad de hacerlo. Pero dos cosas lo disuadían, una, la realidad de que Arrieta había sido admitido en el colegio a partir de la exigencia del «patrón» de su tío. Personaje excesivamente influyente como para desconocer su poder. Y, segundo...los cólicos...

Las respuestas de Javier eran, sin dudas, inusitadas, pero no eran fáciles de ignorar para alguien de la severidad intelectual de Hughes. Reprobarlo hubiera representado posiblemente condenarse a interminables dolores de barriga.

Este muchacho argentino parecía querer batir marcas de insolencia. Y O'Neill, claro; porque no escapaba a Hughes que el viejo profesor apenas podía reprimir gritos de júbilo cada vez que las respuestas de Javier desconcertaban al pobre director.

Estos irlandeses, decididamente no eran de fiar... Por esto, había acordado con O'Neill, una reunión donde también participara Arrieta. Debía ser un miércoles a la caída del sol. El sitio lo había elegido O'Neill previniendo que no lo conocía demasiado, pero cumplía los requisitos exigidos. Un sitio apartado, distendido, donde pudieran en un ámbito amigable conversar y profundizar todas esas «herejías» que el muchacho había incluido en el examen. Mientras, el escrupuloso director dejaría en su escritorio sin definir, las notas de Javier.

En la dirección ponía «Irish pub Triskel». Y las coordenadas de un barrio algo rústico de las afueras londinenses. Iría en taxi, esto estaba claro. Pero... ¿cómo se vestiría?

Hace muchos años que no iba de caza, y de este modo, había dejado de usar aquella ropa de excursión razonablemente adecuada para ir, indistintamente a matar venados, a conocer el amazonas o a reunirse en un pub con un irlandés y un argentino.

Optó por una chaqueta verde modelo *Príncipe de Gales*, pantalones grises de gabardina, y, reemplazando su paraguas, un bastón estoque. Nunca se sabe. Cuando uno se aventura a zonas poco seguras, hay que ir preparado para todo.

Cuando le dijo al taxista la dirección a la que debía ir, tuvo el reflejo de preguntar «¿Es lejos?, ¿hacia dónde queda?» (Le preocupaba la idea de que aquel señor taxista imaginara que el frecuentaba aquellos sitios)

El trayecto transcurrió sin novedad. Aunque Hughes se consideraba a sí mismo Lord Byron o algún personaje digno de Stevenson, internándose en tierras hostiles y desconocidas. Al llegar, O'Neill ya se encontraba esperándolo. Realmente, para ser un lugar que no conocía, el irlandés se había habituado bastante pronto. Algunas latas de cerveza, una revista deportiva, y un partido televisado de rugby, habían amenizado la espera.

—¿Ha llegado el muchacho? —preguntó Hughes, mientras se quitaba el loden austríaco con el que había completado su atuendo teóricamente informal.

— Aún no —respondió O'Neill— pero no creo que tarde, estamos en horario e imagino que vendrá cuando lo dijo, es decir, más o menos en 20 minutos.

— Le agradezco la elección del lugar —dijo ambiguamente el director— no acostumbro a frecuentar antros tan simpáticos como este, se está bien aquí.

— Le aseguro que yo mismo no he venido más que alguna vez, pero como queda cerca del club de Arrieta, y equidistante de nuestras casas, pensé que serviría.

Ayudó al director a quitarse el abrigo, y, luego le ofreció una silla, mientras el mozo se acercaba solícito a preguntar que iba a tomar.

Ya sentado, Hughes observó a su alrededor. Todo estaba decorado en tono verde oscuro, madera y simbología celta. No estaba mal, aunque el volumen del relator de rugby, sin duda podría ser menor.

— ¿Qué tomará el señor? — inquirió el mozo

— Primero usted O'Neill— cedió Hughes cortés— ¿quiere mirar la carta?

— No se moleste– terció el mozo— el tomará su habitual cerveza de las siete.

—Bueno— pensó el director, mientras O'Neill se preguntaba por qué todo el mundo hablaba de más— realmente lo conocen bastante para ser la primera vez que viene.

Y añadió en voz alta:

— Tráigame, por favor, un té, indio en hebras, con limón y edulcorante.

Esta vez fue el mozo el que buscó la mirada del irlandés para reprocharle «¿es necesario que traigas estos personajes?», pero O'Neill, astuto, bajó los ojos para evitar traicionarse con sus indóciles ataques de risa.

— O'Neill, sé que es poco habitual que un director se reúna con un alumno heterodoxo y con un profesor que lo protege. Menos aún en sitio más digno de jarana que de una conversación profunda. Pero, en fin, así se ha dado... Usted no ignora que el nivel de incompatibilidad de las respuestas que su alumno dio y que usted validó, a pesar del ideario del colegio, me habilita a suspender a Arrieta y despedirlo a usted. He dedicado mi vida a la formación de muchachos llamados a ser dirigentes en cada uno de sus ámbitos. Por las aulas del Harrow han pasado premios nobeles, ministros, reyes, presidentes, banqueros y empresarios. Yo estoy en edad de jubilarme hace ya unos años, pero viudo, y sin hijos, tomé como una obligación moral, trabajar aún en la creación de esta élite gobernante del mundo. Siempre lo hice convencido. Y ahora usted y Arrieta han desafiado todos los puntales de mi edificio. ...por eso quiero saber más, antes de tomar una decisión.

El director hizo una pausa, echándose hacia atrás y plegando el brazo izquierdo, para que el mozo pudiera ofrecer la bandeja con el té y las galletitas danesas, gentileza de la casa.

— Cuénteme O'Neill ¿de dónde sale este muchacho? Ahórrese la historia de porqué acaba en el Harrow, ésa la sé. Explíqueme dónde estudió.

— Señor director, la verdad es que la historia es larga, para empezar le diré que este muchacho proviene de una familia católica de Argentina. Con raíces hispánicas. Pero, sobre todo, de ámbitos tradicionalistas.

— Defíname esto último por favor— pidió Hughes mientras limpiaba discretamente la cucharita con su pañuelo, antes de revolver el té.

—Señor Hughes, usted sabe muy bien, que la Iglesia Católica Romana, sufrió la escisión de la reforma protestante. Durante cuatro siglos, hubo una pugna entre la Iglesia reformada, y las huestes fieles a Roma. Hoy, esa lucha se ha abandonado. ¿No le sorprende? ¿No ha pensado que el arrollador éxito que tienen sus alumnos en el mundo actual (y más aún si nos fijamos en las últimas décadas) se debe quizá a que los católicos han abandonado la lucha, y de algún modo se han sumado a la cosmovisión protestante? Bueno hay algunos católicos que lo entienden así. Este muchacho proviene de un humildísimo colegio de esos llamados católicos tradicionales. Aunque si me lo preguntan a mí, creo que debieran ser llamados católicos a secas.

— ¿Humildísimo colegio?, ¡por favor, O'Neill!, créame que si lo que se busca es formar jefes, ya quisiera yo entender cómo funciona esa escuela. Igual —añadió Hughes luego de amagar probar el té y desistir esperando que se enfriara— por el colegio han pasado cientos de alumnos católicos. Incluso de usted, por cierto, jamás ignoré esta condición. ¿Por qué O'Neill, con este argentino usted ha tomado una posición que le pone en riesgo de perder su trabajo, y tener que alimentar su prole con lo que gane mendigando?

— Señor director— empezó el irlandés, no sin antes bajar en un tercio el enorme vaso de cerveza que acomodaba nervioso— usted sabe que soy descendiente de aquellos nobles irlandeses esclavizados por Cromwell. La mayoría de los de mi familia murió trabajando en los cañaverales de Jamaica. El resto fue martirizado por permanecer fieles a Roma y a su catolicidad.

Solo un puñado logró sobrevivir, realizando aquellos trabajos que nadie quería hacer. Es cierto que por el colegio han pasado centenares de muchachos católicos. Pero todos estaban contaminados de modernismo. No sólo no precisaban mi protección, sino que hubiesen visto con muy malos ojos que yo les hubiera hablado de su catolicismo como algo virtuoso y santo distinto del anglicanismo reinante en el colegio. Perder mi puesto de profesor por ellos, hubiera sido como si me echaran, por no aceptar sólo siete días de vacaciones, alegando que me correspondía una semana. Son (o quieren ser) lo mismo. Todos han aceptado la cosmovisión protestante. El modernismo, que gangrena la Iglesia, tiene un tufillo inconfundible. Por esto, cuando apareció Arrieta, despertó en este

profesor, ése viejo espíritu de católico que me une a él, del mismo modo que unía a mis abuelos con los suyos, quizá soldados de los tercios de Flandes.

La exposición de O'Neill había mantenido de tal modo en vilo al director, que éste mantuvo demasiado tiempo en el aire, a la altura de su boca, la taza de té. Dando como resultado que se le empañaran de un modo absoluto los anteojos. Mientras los secaba, O'Neill intentaba mirar por encima de su calva el resultado de un partido que al desconsiderado de Hughes no interesaba en absoluto.

—Hum— tosió el director—– y dígame, esta gente, que usted nombra como «tradicionalistas», ¿son numerosos?

— Jajaja, por supuesto que no. No es algo cómodo, hay que soportar que aquellos que han perdido la Fe o no les importa si sus hijos la pierden te miren sobre el hombro y te acusen de no ser católico. Sólo algunos lo soportan, y más cuando se proviene de un estamento social con presiones. Este colegio del que proviene Javier ha sido realizado a pulmón por un puñado de curas y seglares, que no disponían de recursos holgados para tremenda empresa... pero, en fin, creo que llega nuestro invitado.

En ese momento, la puerta del *pub* giró sobre sus goznes, dando paso a un muchacho de facciones proporcionadas y viriles. Traía puesta una boina colorada de hilo, que pasó de su cabeza a la mano, inmediatamente después de entrar al bar. Vestía pantalones grises de grafa, con botones a la altura del tobillo, y calzado de lona bordó. Nada en él recordaba al elegante joven de correctísimo traje– uniforme Burberry que acudía diariamente al Harrow.

— Buenas tardes director, buenas tardes, profesor, ¿llego tarde?, disculpen, realmente no pude realizar el trabajo de los caballos en menos tiempo...

— No te preocupes— respondió O'Neill— llegas tiempo, y además el director y yo no hemos perdido el tiempo. Pudimos conversar e incluso ver el partido, donde los Pumas vencieron finalmente a Inglaterra...

— Que alegría!, de todos modos, sé que en Rugby los ingleses don mejores— acotó Javier levantado los hombros y cerrando los ojos, como quien mete la pata, consciente del motivo de la reunión, y logrando hacer reír por primera vez al director.

Luego, entregó un termo al mozo, con la recomendación de que «no estuviera tan caliente como la otra vez» (algo que volvió a recordar a Hughes aquello de «que prácticamente no conocían el *pub*»). Tomó una calabaza abierta en su parte superior, por

la que introdujo hojas y palos. Completó con agua caliente, y sumergió un sorbete con filtro en la punta.

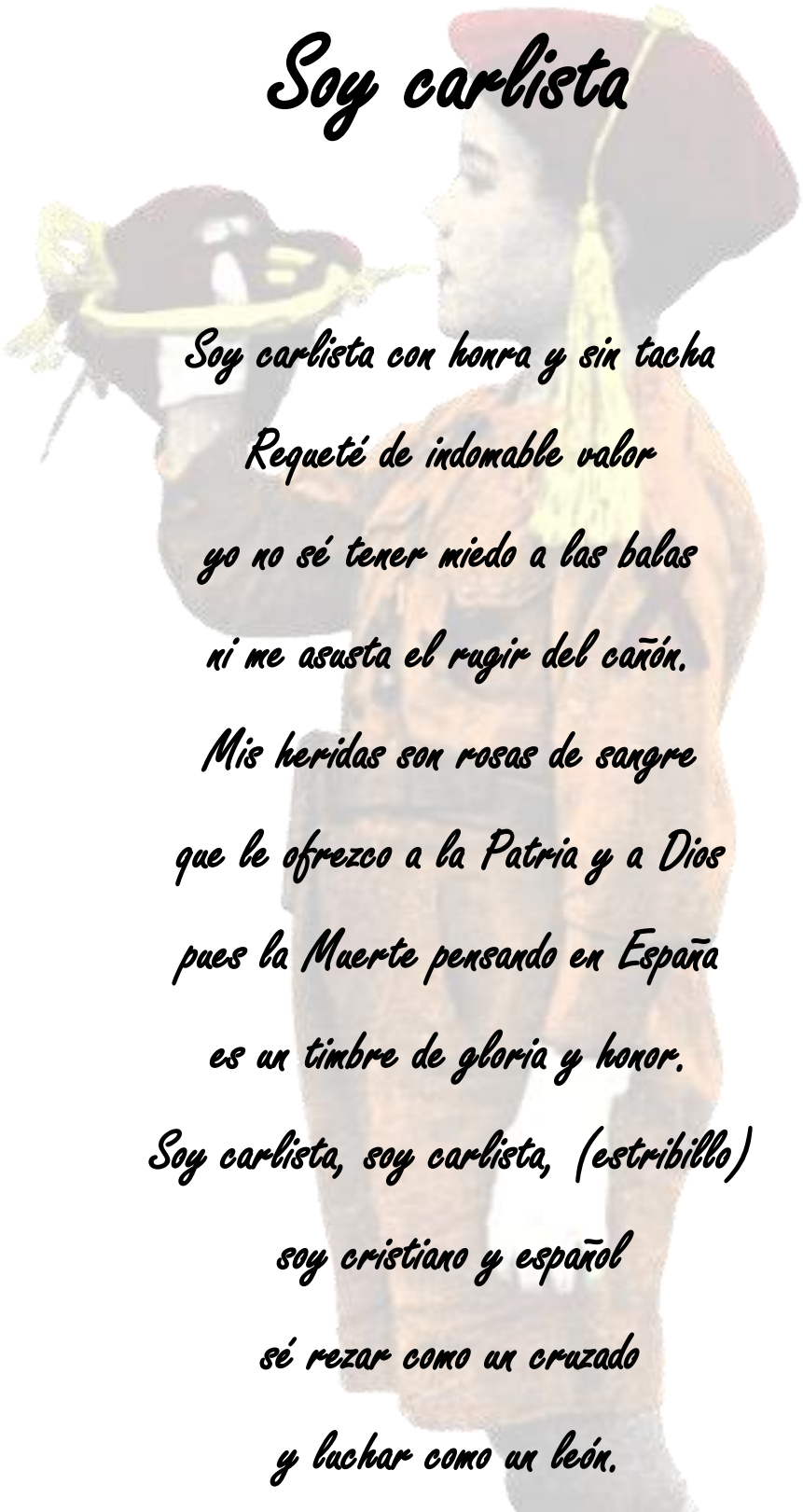
Lo entregó a O'Neill, quien chupó con tranquilidad, al igual que el mozo, que esperaba su turno parado tras la silla del irlandés, y sorbió —¡asco da contarlo! — sin pasar siquiera por la boquilla, el sucio repasador que tenía en el codo! Hughes alucinaba sin poder creer lo que veía. Esto era que Arrieta le ofrecía la calabaza como parte de un ritual aborigen, donde él claro está, no podría elegir. Lo tomó con terror, imaginando cuanto podía complicar este brebaje sus ya insoportables cólicos.

Afirmó el sorbete por el cuello del mismo, con fuerza. Temiendo que al chupar lo succionara y se le clavara en la glotis con calabaza y todo. Cerró los ojos. Y pensó:

«Si lo que me va a explicar Arrieta no vale la pena, este irlandés, este argentino, y el que haya inventado este brebaje juro que lo pagarán muy caro».

Juan García Gallardo, Círculo Tradicionalista Río de la Plata

Soy carlista



Soy carlista con honra y sin tacha
Requeté de indomable valor
yo no sé tener miedo a las balas
ni me asusta el rugir del cañón.
Mis heridas son rosas de sangre
que le ofrezco a la Patria y a Dios
pues la Muerte pensando en España
es un timbre de gloria y honor.
Soy carlista, soy carlista, (estribillo)
soy cristiano y español
sé rezar como un cruzado
y luchar como un león.

Soy carlista, soy carlista,

solo tengo una ambición:

el gritar en la batalla

entre el fuego y la metralla:

¡Viva España! ¡Viva Cristo Emperador!

Por la Patria y por la Fe,

adelante el Requeté.

Cuando un día la Patria angustiada

a sus hijos valientes llamó

a la arena saltamos a miles

los soldados de la Tradición.

Aunque rujan las bombas de fuego

aunque silbe el traidor proyectil

allá va el Requeté valeroso

por España a vencer o morir.

Soy carlista, soy carlista..... (sigue el estribillo).

Tienda Carlista

Polos de Margarita y Pelayo

Tazas Margarita y Pelayo

https://tiendacarlista.com/